

BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

UN CABALLO CABALGA EN UN GUSANO

Lou Carrigan



SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS

LOU CARRIGAN

Un caballo cabalga en un gusano

Colección PUNTO ROJO nº 992. Bruguera – abr/1981

CAPÍTULO PRIMERO

Todo en la vida tiene sus compensaciones.

No importa lo mal que vayan las cosas. Cualquier día, en cualquier momento o lugar, uno recibe la compensación a todos los sinsabores que se han ido acumulando a lo largo de la vida, o aunque sólo sea a lo largo de una profesión. Aunque esa profesión sea la de detective privado en una ciudad tan ardua como Nueva York.

No importa. Un día, ¡zas!, aparece la suerte, o al menos el atisbo de la suerte. O de la felicidad, que todavía es mejor que la suerte. Porque, pongamos por caso, uno puede jugarse cien dólares a un caballo y ganar mil quinientos. Nada menos que mil quinientos *pavos*. Pero, en efecto, eso es sólo suerte. Luego, uno se gasta los mil quinientos dólares, y ya está, se acabó la suerte. Pero la felicidad...

Ah, la felicidad no es tan efímera como los dólares. Si uno la encuentra, y tiene vista, la felicidad puede durarle nada menos que toda la vida.

Ahí es nada: ¡toda la vida! Y si la felicidad dura toda la vida, pues entonces se ha hecho el gran negocio, o sea, que como la felicidad es una gran suerte, pues se tiene suerte y felicidad; o sea, algo que ni mucho menos está al alcance de todos los mortales. Ni siquiera de unos pocos. Porque, por ejemplo, un tipo se hace millonario, pero está casado con una bruja calva. En lo de los millones ha tenido suerte, pero de felicidad, nada; porque una bruja, y encima calva, no contribuye precisamente a la felicidad.

Por el contrario, supongamos que un tipo no tiene ni un cochino centavo, pero se le acerca una chica que es el colmo de lo precioso de la vida y le dice a uno: —Buenas tardes, señor Palmer, soy la persona que está usted esperando.

Entonces, el señor Palmer alza la vista del periódico, la fija en la chica que es el colmo de lo precioso y acto seguido empiezan a suceder cosas. Una: se queda estupefacto un instante largo. Dos: se queda bizco unos cuantos segundos. Tres: recupera la visión normal para poder admirar a la chica, que es un bombón rubio de ojos color café y cuerpo de diosa romana. Cuatro: se le cae el periódico al suelo frente al banco de Central Park en el cual está sentado. Cinco: se golpea de cabeza contra las rodillas de la chica al inclinarse a recoger el periódico. Seis: se pone en pie como puede, vuelve a biquear tontamente y, por fin, exclama:

—¡Yo no soy el señor Palmer!

La chica se queda atónita un momentito. Luego, frunce el ceño y dice: —Ya lo creo que es usted el señor Warren Palmer. Le conozco muy bien, porque hace un par de días que me estoy interesando mucho por usted, y le he visto entrar y salir de su oficina, y he preguntado si era

el señor Palmer, y me han dicho que sí, y ha sido entonces cuando le he citado por teléfono aquí y...

—¡Que yo no soy el señor Palmer, joroba!

—Entonces, ¿quién es usted? —se pasma la muchacha preciosa.

—¿Yo? Soy un gran jeque de esos del petróleo, con un harén de setecientas mil esposas y ocho millones de esclavas de todas las razas, todas muy buenas y cachondas, pero las voy a despedir a unas y divorciarme de las otras para poder dedicar mi vida por entero a usted. ¡He dicho!

Entonces va la chica preciosa y sonrío. ¡Y qué sonrisa, oh, Dios de los cielos eternos!

—Es usted muy simpático, señor Palmer, ¿Podemos hablar?

—Nunca hablo con desconocidas.

—De acuerdo —rió la muchacha—. Soy Mirna Lawrie. ¿Podemos hablar ahora? Oh, vamos, señor Palmer, ya basta de tonterías. Le llamé a usted y quedamos citados aquí.

—¿De modo que es usted quien me llamó a mi suntuoso despacho de detective privado?

—En efecto —la muchacha se sentó en el banco, tomó una mano de Warren Palmer y tiró hacia abajo, en claro deseo de que él hiciese lo mismo—. Si deja de hacer el tonto podremos hablar.

Warren Palmer se sentó. Seguía poniendo cara de tonto, pero ni lo era en aquel momento, ni lo era hacía un minuto, ni lo había sido nunca en su vida. Por el contrario, Warren Palmer, detective privado, era muy inteligente. Y, como suele suceder con los que son muy inteligentes, todavía no había tenido la oportunidad de demostrarlo. Eso suele llevar mucho tiempo. O poco. Depende de la suerte. Hasta aquel momento Warren no había tenido suerte. Lo que él llamaba «suntuoso despacho» era una mugrienta oficinilla en la Calle Cuarenta y Dos, con una silla, un fichero casi vacío y unas cuantas telarañas en el techo.

—Dejaré de hacer el tonto si me da un beso —dijo Warren.

—Señor Palmer —le soltó ella la mano—, si no deja de portarse tontamente buscaré otro detective privado. No lo tome como una amenaza. Es que el caso urge y no puedo perder el tiempo. ¿Comprende?

Warren Palmer llegó rápidamente a una conclusión.

La cosa iba en serio, y si él seguía tomándosela a cachondeo iba a perder un dinero que estaba necesitando de verdad. Y, ¡colmo de desdichas!, dejaría de ver a la preciosidad llamada Mirna Lawrie.

—Muy bien —dijo, agarrándose las orejas con las manos—; soy todo orejas.

—Se dice «todo oídos».

—Lo sé, pero como mis orejas son muy grandes, por eso digo que soy

todo orejas.

—¿Ha oído usted hablar o ha leído algo del caso Dickerson?

Definitivamente, Warren Palmer dejó de hacerse el tonto simpático o el simpático tonto. Se quedó mirando fijamente a Mirna Lawrie. Preciosa, encantadora, divina, angelical. A decir verdad, cuando Warren la había visto hacía apenas un minuto había creído que el ideal de su sueño de mujer se había convertido en súbita realidad. Pero, nada más oír eso del «caso Dickerson», su actitud cambió. Se quedó mirando fija, fija, fijamente a la muchacha y murmuró: —Sí.

—Tengo una pista que podría orientarnos hacia la solución de ese caso. ¿Le interesa?

—Señorita Lawrie, si yo tomase parte en las investigaciones del caso Dickerson me convertiría en alguien famoso, y como consecuencia, pronto empezaría a ser rico. Si, además de intervenir, consiguiese solucionarlo, sería archifamoso y millonario en muy poco tiempo. De modo que dejémonos ya de tonterías, los dos, claro, y vayamos directos al asunto.

—Muy bien. A mí también me gusta más así, señor Palmer. Hay un hombre que sabe muchas cosas del caso Dickerson, y quisiera que usted fuese a hablar con él.

—Ah.

—Se llama Adam Howells y está esperando contacto para empezar a hablar a cambio de una cantidad de dinero. Yo traigo el dinero. Usted irá a hablar con Adam Howells y le llevará el dinero. Es decir, parte de él, porque no queremos que el señor Howells desaparezca después de haber hablado con usted, sino que se quede cerca de nosotros, para que testifique formalmente en un juicio lo que nos diga, y darle entonces el resto del dinero que pide. ¿Está esto claro para usted?

—Muy claro. Ese Howells se ha enterado de algún detalle interesante del caso Dickerson, la ha llamado a usted y le ha dicho que si le paga determinada cantidad le dirá lo que sabe. Okay?

—Okay —asintió Mirna Lawrie—. ¿Quiere usted ir a hablar con Adam Howells, señor Palmer? Naturalmente, le pagaremos muy bien su intervención.

—¿Mil pavos?

—De acuerdo, mil dólares.

—¿Sólo por ir a hablar con ese tipo?

—Debe usted decirle que sólo le damos parte del dinero y que tendrá el resto cuando haya testificado. Dígale también que si su testimonio ayuda realmente a resolver el caso, nosotros estamos dispuestos a darle una cantidad extra sobre la que él pidió, como muestra de nuestro agradecimiento.

—Usted no es muda, ¿verdad?

—Ya está usted comprobando que no —se desconcertó la preciosa

Mirna Lawrie.

—Entonces..., ¿por qué no va usted a decirle todo eso al tal Howells? Es muy fácil. Si se tratase de decirle que nos ciscamos en su madre, comprendería que usted no quisiera ir personalmente, pues podría lastimarla, pero nadie molesta a quien va a llevarle dinero. De modo que me pregunto por qué no va usted.

—Espero que se haya fijado bien en mí, señor Palmer.

—¡Ya lo creo! Se lo diré a mi manera; estaba yo sentado tranquilamente en este banco de Central Park, leyendo el maldito periódico tan lleno de mentiras como todos los periódicos y esperando a una tal señorita Lawrie que me había citado, cuando de pronto, una voz deliciosa turba mi sosiego tomando el sol, y resulta que es usted. Yo, que esperaba una mujer fea y gorda que sin duda querría que siguiera a su estúpido marido adúltero y tonterías de ésas, alzo la mirada, la veo a usted y me quedo turulado. En seguida me digo: he aquí, viejo cobra desdentado, la más hermosa mujer que pudiera llenar tus sueños de amor y felicidad... De modo que me he fijado mucho en usted.

—¿Y qué ha visto?

—¿Se lo digo?

—Sigamos hablando en serio. Soy una mujer, ¿verdad?

—Pues mire, una vez conocí a un *travesti* que tenía unos...

—¡Estábamos hablando en serio, señor Palmer!

—Entonces, deje de decir tonterías usted también. ¡Claro que es una mujer!

—Y usted, que se las da de cobra desdentado, no tiene nada de desdentado..., aunque espero que sí de serpiente de cobra, por lo menos en astucia. Es alto, fuerte y tiene mal genio. Me he informado sobre usted, de veras. Es lo que en su ambiente se llama un tipo duro. Okay?

—Okay.

—Por eso quiero que sea usted quien vaya a hablar con Adam Howells. Mire, señor Palmer, usted sabe muy bien el revuelo que ha armado el caso Dickerson, ¿no es cierto? Así que eso de que un sujeto desconocido me llame para decirme que lo sabe todo o casi todo no me parece... muy tranquilizador. Considerando las circunstancias, podría tratarse de una trampa contra mí... o contra otros amigos del asesinado señor Dickerson.

—¿Es usted amiga de Henry Dickerson?

—Trabajo como secretaria para una persona muy amiga del señor Dickerson. Y esa persona ha pensado que podría tratarse de una trampa contra él utilizándome a mí. Bueno, alguna cosa sucia... o peligrosa. Así que, tras buscar una solución, decidimos utilizar un intermediario... adecuado. Una persona discreta y que no tenga miedo

a nada. ¿Tiene usted miedo a algo, señor Palmer?

—Sólo a perderla de vista.

—O sea, que a usted no le asusta Adam Howells ni nadie.

—No.

—Eso me dijeron. Si voy a ver a Adam Howells quizá salga malparada.

¿Cree que el señor Howells podría... perjudicarle a usted?

—Lo primero que haré cuando vea a Adam Howells será decirle que antes que meterse conmigo será mejor que se suicide.

—Me parece adecuado. ¿Acepta el encargo?

—Sí.

Mirna Lawrie asintió, abrió su bolso y sacó un sobre, que tendió a Warren Palmer.

—Dentro hay dos mil dólares —sonrió—. Pensamos que usted pediría más, y como personalmente me resulta simpático, no vale la pena que yo le ahorre mil dólares a una persona que tiene mucho más que usted y yo. Quédeselo todo, ya que es lo que pensábamos gastar.

Warren tomó el sobre, echó un vistazo a los billetes y se lo guardó.

—No es corriente encontrar una persona como usted —murmuró.

—Olvídelo. Y ahora, señor Palmer, convénzame de que realmente está usted enterado del caso Dickerson.

—Muy bien. El señor Henry Dickerson era una buena persona muy conocida en los altos estratos financieros del país. Últimamente se decía que su empresa, la Eastern Financial tenía en proyecto absorber otra empresa, llamada S. B. Operators, prácticamente propiedad de Samuel Bungham, el cual, a su vez, pensaba absorber la Eastern Financial. Este deseo de ambos estaba justificado, digamos, por el hecho de que aquel que consiguiera absorber a la otra compañía, es decir, fundir a las dos en una sola bajo su dirección, obtendría importantes contratos del Gobierno para las relaciones bancarias con el extranjero, básicamente con toda América del Sur. Así pues, el señor Dickerson y el señor Bungham andaban a la greña, movilizandolos recursos y sus habilidades en la Bolsa intentando cada uno conseguir la mayoría de acciones de la compañía del otro, para erigirse en único director y conseguir así esos contratos del Gobierno, lo que habría significado un poderío económico de los más importantes del país. Y así estaban las cosas, en esa pugna, cuando, hace varias noches, alguien va y le mete al señor Dickerson cinco balas en el pecho, matándolo en el acto... ¿Correcto?

—Correcto y muy bien resumido, señor Palmer. Dígame; ¿de quién se le ocurriría a usted sospechar?

—Del señor Bungham. O de la S. B. Operators, que es lo mismo. Eso lo saben hasta los niños..., sólo que nadie ha conseguido la menor prueba en ese sentido, ni la menor pista en ningún sentido. Aparte de esto, la honorabilidad del señor Bungham parece fuera de toda duda.

Mire, señorita Lawrie, una cosa es ser un lobo de los negocios y otra cosa es ser un asesino.

—Nadie ha dicho que el señor Bungham sea un asesino.

—Pero podría haber contratado a alguien que sí lo fuera, ¿no es eso? Y quizá el tal Adam Howells sepa algo de esto y por eso la llamó a usted o a su jefe para facilitarle información a cambio de una buena cantidad. ¿Voy bien?

—Eso lo dirá Adam Howells.

—Ya. ¿Cuánto dinero les ha pedido por esa información que podría solucionar el caso Dickerson?

—Quinientos mil.

—¿Quini...? ¡Por esa cantidad yo le descubro a usted hasta quién mató al presidente Kennedy!

—Nos bastaría saber quién asesinó al señor Dickerson. Y si el señor Howells lo sabe, pagaremos..., siempre y cuando su información sea auténtica, aclaratoria en verdad, y esté dispuesto a firmarla y presentarse como testigo definitivo. Creo que está todo muy claro, ¿no es así, señor Palmer?

—Sólo un tonto no lo entendería. Bueno, dígame dónde está ese Howells.

Mirna Lawrie abrió de nuevo su bolso y sacó otro sobre, más abultado, que tendió también a Warren.

—La dirección está en el sobre, junto con la cantidad que le anticipamos. Vaya a verlo, hable con él, y si la cosa discurre por los cauces que le he indicado entréguele el dinero al señor Howells y dígame que tiene que acompañarle a usted al lugar que también esté indicado dentro del sobre; lugar en el cual permanecerá hasta el momento del juicio que se origine con sus informes.

—Entendido. ¿Cuánto dinero hay aquí?

—Cien mil dólares.

—Señorita Lawrie, con cien mil dólares yo podría largarme a Río de Janeiro y vivir allá como un potentado. ¿No lo ha pensado?

—No. ¿Y usted?

—Ya ve que sí —sonrió Warren, casi irritado.

—Señor Palmer, no siga dándose las de golfo indiferente a los valores de la vida; ya le he dicho que me he informado sobre usted. Es un cabezota y un tipo duro, no un sinvergüenza idiota.

—¿Puedo decirle lo que opino de usted?

—Será mejor que lo dejemos para otra ocasión —rió Mirna Lawrie—. Cuando haya hablado con Adam Howells, llámeme al número que encontrará dentro del sobre y saldré para reunirme con ustedes en la dirección donde él deberá permanecer una temporada. ¿Tiene alguna duda?

—Sólo una: está usted soltera, ¿eh?

—Y libre como el viento.

—Lo juro —alzó Warren Palmer una mano—: ¡hoy es el mejor día de mi vida!

CAPÍTULO II

Lo primero que pensó Warren Palmer cuando se encontró de nuevo solo en el banco de Central Park y con dos mil dólares suyos en el bolsillo fue comprarse el coche de segunda mano que hacía días iba mirando. Lo segundo, que bien podía ser sinvergüenza por una vez en la vida y largarse a Río de Janeiro, en efecto, con ciento dos mil dólares.

No hizo ni una cosa ni otra; tomó un taxi en la Quinta Avenida y le indicó al taxista que lo llevase a Brooklyn, concretamente al cruce de las calles Remsen y Columbia Heights.

¿Inteligente? Bueno, quizá él no fuese un genio, pero de ninguna manera era un pobre imbécil. Sólo pobre. De imbécil, nada. Así que; naturalmente, ya había puesto en marcha un pensamiento que no le gustaba demasiado: ¿por qué hacerle intervenir a él? La señorita Lawrie y su ricacho jefe; que podía permitirse pagar quinientos mil dólares al tal Adam Howells, podían haber elegido una agencia de investigación de altos vuelos. Como la de Brett Lanigan, por ejemplo. ¡Ese sí que era un tío con suerte!

Sin embargo, le habían elegido a él, tomándose la molestia de rastrearlo y analizarlo durante un par de días antes de contratarlo. ¿Por qué? Había dos posibilidades. Una: que alguien estuviese jugando sucio con él, o quizá simplemente tomándole el pelo. Dos: que todo fuese cierto, que la señorita Lawrie fuese una criatura encantadora, y que si lo habían elegido a él era precisamente porque no tenía una gran agencia de investigación, sino que era un solo hombre, con lo que las posibilidades de mantener el asunto de la existencia de Howells en secreto eran mucho mayores que recurriendo a una agencia como la de Lanigan, con muchos empleados, alguno de los cuales podía tener alguna «brillante» idea para su lucro personal poniendo en antecedentes al sospechoso Samuel Bungham de lo que estaba ocurriendo.

De estas dos ideas, y tras meditarlas sosegadamente, Warren Palmer decidió quedarse con la segunda, por dos motivos asimismo. Uno: ¿por qué había de molestarse en tomarle el pelo a él alguien que tenía mucho dinero? Dos: habían decidido recurrir a alguien, así que había tenido él esa suerte, eso era todo. ¡Qué demonios...! ¿Acaso no puede existir la honestidad en alguna parte del cochino planeta llamado Tierra?

Pues eso.

En cuanto a la señorita Lawrie... Bueno, con una chica así se podía alcanzar la felicidad sin complicarse uno la vida. Todo lo que había que conseguir era que ella se enamorase de uno; entonces, la cuestión felicidad estaba resuelta de por vida.

—Oiga —preguntó Warren al taxista—, ¿le parezco a usted guapo?
El hombre se quedó un par de segundos mirándolo por el retrovisor.
Luego, simplemente, dijo:

—No, señor.

—Me lo temía.

—Lo siento.

—No se preocupe; no es culpa de usted.

El taxista rió. Bueno, mala suerte. Aunque quizá a la señorita Lawrie le gustasen los feos. Había chicas así, eran más bien tirando a masoquistas. Porque, vamos, meterse en la cama con él era de masoquista. ¿O no?

—De todos modos —dijo el taxista de pronto—, tengo un cuñado que es más feo que usted.

—El que no se consuela es porque no quiere. Pero no es ninguna tragedia tener un cuñado feo.

—Un cuñado, no. Lo malo es que mi mujer se parece mucho a él, porque son hermanos.

—Asco de vida, ¿eh?

—Sí, señor, asco de vida. ¿Está usted casado?

—¿A que le parto la cara? —gruñó Warren.

El taxista volvió a reír. Cuando llegaron a Brooklyn le había contado a Warren Palmer la mitad de su vida. Cuando Warren le pagó añadiendo una más que buena propina, el hombre asintió y dijo:

—Suelo parar mucho eh la parada donde ha subido usted. Si nos volvemos a ver le contaré el resto de mi vida y le convidaré a cerveza.

—¿Y eso por qué?

—Hombre, de cuando en cuando es estimulante llevar en el taxi a un ser humano. Me llamo Archie.

—Yo soy Warren. Queda pendiente lo de la copa, Archie.

¡Con lo fácil que es hacer amigos!

Desde el cruce con Columbia Heights. Warren Palmer se dirigió Remsen Street arriba. Se detuvo ante el número 84, que era un feo edificio bajo destinado a apartamentos baratos. Vio en el portal los casilleros para la correspondencia, pero en el correspondiente al apartamento 2 B, que era el que Adam Howells ocupaba, no había indicación alguna.

Medio minuto más tarde pulsaba el timbre de la puerta sobre la cual estaba la indicación 2 B. A los pocos segundos oyó la voz de un hombre a través de la puerta: —¿Quién es?

—La señorita Lawrie —dijo Palmer.

—¿Quién?

—Me envía la señorita Lawrie, con dinero para usted, señor Howells —gruñó el detective.

La puerta se abrió cosa de un palmo, y en el hueco apareció un rostro

que a Warren no le gustó nada. No es que fuese feo: simplemente, no le gustó. Era un rostro de los que él describía como «cobardemente innoble». Bueno, era el tipo adecuado para aquella clase de cosas: delaciones, traiciones, y así.

El hombre le miraba con desconfianza. Warren metió el sobre con los cien mil dólares entre la puerta y el marco.

—Tenga, vea y huela.

El sobre desapareció de su mano, la puerta se cerró. Se abrió de nuevo a los pocos segundos y esta vez con amplio margen para el corpachón del detective, que entró. Adam Howells era bajito, estaba en mangas de camisa y debía hacer un par de días que no se había afeitado.

—Han tardado ustedes mucho en decidirse —gruñó—; estaba a punto de terminar el plazo que les di para el contacto.

—Las reclamaciones, por escrito —masculló Warren—. Mire, Howells, yo soy sólo un intermediario, ¿de acuerdo? Hasta hace poco más de una hora ni siquiera sabía que existía un tipo como usted.

Howells, que había cerrado la puerta, lo miró mosqueado.

—Lo mismo digo de usted —replicó—, ¿Quién es?

—Warren Palmer.

—¿Trabaja usted en la Eastern Financial?

—Trabajo para Eastern Financial, sí.

—Bueno, espero que sea alguien importante, alguien muy relacionado con el señor Garvan.

La memoria de Warren, que además, en efecto, se había interesado por los artículos periodísticos sobre el caso Dickerson, era muy buena, así que sabía quién era el señor Garvan; Robert Garvan, amigo personal y mano derecha en las finanzas del asesinado Henry Dickerson. De modo que contestó: —Puede estar seguro de que gozo de la confianza de Robert Garvan. En cuanto a la señorita Lawrie, o sea, la encantadora Mirna, digamos que somos... buenos amigos.

¿Satisfecho?

Adam Howells examinaba el aspecto de Warren Palmer. En lo físico no estaba nada mal: metro ochenta y dos, hombros de atleta, rostro firme, mirada directa. Pero las ropas del detective no parecían muy adecuadas para ser alguien en una empresa como la Eastern Financial.

—Bueno, está bien —pareció resignarse Howells—. Pase y tome un trago, si quiere, mientras yo cuento el dinero.

—No se moleste; hay cien mil dólares.

—Ya me había parecido que no estaba todo... ¿Y eso por qué?

Warren se lo explicó. Adam Howells no pareció en absoluto conforme con la explicación.

—Claro que estoy dispuesto a llegar hasta el final —dijo—, pero quiero todo el dinero ahora, para dejarlo en un lugar que ya tengo preparado. Y una vez tenga yo *todo* el dinero diré lo que sé.

—Sólo me han dado cien mil. ¿Qué coño quiere que le diga?

—¿Por qué tengo que creerle a usted?

Warren Palmerladeó la cabeza, entornó los párpados y se quedó mirando a la especie de sabandija que tenía ante él. De pronto, y sin alterarse en lo más mínimo, le hundió el puño derecho en el estómago, en un corto escalofriante que casi alzó del suelo a Howells. Este resopló angustiosamente, palideció, puso los ojos en blanco, y tras quedar un instante como colgado del puño del detective rodó por el suelo.

Cuando recobró el conocimiento estaba tendido en el suelo de la salita. Desde un sillón, con un vaso de whisky en la mano izquierda, Warren Palmer le contemplaba con expresión amable.

—¿Se encuentra mejor, Howells? Ha tenido usted un desvanecimiento... Debe ser por el calor. Recuerdo que una vez, en el Caribe, tenía yo tanto calor que...

—Es usted una mala bestia —jadeó Howells.

—Ah, eso sí, de acuerdo. Pero no soy un ladrón ni un estafador. No es mi línea. ¿Lo entiende?

Adam Howells no contestó. Comenzó a ponerse en pie, gimiendo. Casi lanzó un alarido cuando, ya en pie, se tocó el estómago. Acto seguido se sentó cuidadosamente en una butaca, frente a Warren Palmer, que bebió otro sorbito de whisky, y dijo: —Hablemos del asunto. Digamos que, para que todo me parezca razonable, espero de usted una información preliminar: ¿qué es lo que sabe usted que vale medio millón de dólares?

—Sé... quién mató... a Henry Dickerson.

—¿Nada menos que eso? ¿Así, a secas y a las claras? ¿No se trata de una vaga información, de cositas que ha oído por ahí, de mencionar a otro tipo que sabe de alguien que sabe que alguien sabe algo? ¿Nada menos que sabe usted quién mató personalmente a Henry Dickerson?

—Sí..., lo sé.

—Espléndido. ¿Quién fue?

—¡No pienso decirlo tan fácilmente! ¡Quiero...!

—Howells, voy a decirle lo que quiero yo: una respuesta clara y concreta de usted. Si me la da, iremos a determinado lugar donde usted estará a salvo y en vías de conseguir otros cuatrocientos mil dólares. Si no me la da ahora mismo le van a salir los dientes por el cogote. ¿Está claro?

—Bueno...

—Ni bueno, ni malo. ¿Quién fue?

—Samuel Bungham.

—Samuel Bungham —murmuró Warren, moviendo afirmativamente la cabeza—. Genial.

Tengo la esperanza de que sepa usted que es precisamente de Samuel

Bungham de quien se sospecha, precisamente. Aunque con no poca incredulidad, dado que el señor Bungham es una persona..., ¿cómo lo diría yo...?, de tan altísima calidad intelectual y humana como lo fue Henry Dickerson, la víctima. De modo que, sospechar del señor Bungham, además de ser demasiado vulgar y fácil, resulta un tanto... aventurado. Sin embargo, usted dice que fue él quien mató a Henry Dickerson. No dice que Samuel Bungham contrató a alguien para que hiciera el «trabajo», sino que asegura que fue el propio Bungham quien le disparó personalmente. ¿Eso es lo que ha dicho, Howells?

—Sí, eso he dicho.

—¿Sabe usted que el día y hora en que falleció el señor Dickerson el señor Bungham estaba muy lejos, que pudo aclarar, sin que nadie le preguntase y adelantándose a las relativamente lógicas sospechas, que él no podía tener nada que ver con aquello, al menos tan directamente como usted asegura? ¿Lo sabe, Howells?

—Sí. Pero yo puedo conseguir pruebas de lo contrario.

—¿Pruebas? ¿Quiere usted decir algo que demostrará que fue Samuel Bungham quien mató *personalmente* a Henry Dickerson? ¿Pruebas concretas, indudables y tangibles de eso? ¿Realmente puede conseguir esas pruebas?

—Sí.

—Le recuerdo de nuevo que cuando Dickerson murió acribillado el señor Bungham estaba muy lejos, y que eso lo saben hasta las ratas de las cloacas.

—Fue él. En persona.

—¿Dónde están esas pruebas?

—En lugar seguro. Sólo tengo que... recogerlas cuando llegue el momento.

—Muy bien. Póngase la gorra y los zuecos y en marcha.

—No uso gorra ni zuecos —gruñó Howells.

—Bueno, pues acabe de vestirse con algo. No hace falta que se afeite. Ya está bien así: no mejorará. ¡Vamos, en marcha!

—Está bien... —se puso en pie Howells—. Voy a por una corbata y la chaqueta.

—Póngase elegante. Un tipo que va a tener medio millón debe empezar a saber vestirse..., y a comprar whisky aceptable. Este es pura mierda.

—Pues no lo beba —gruñó Howells.

—En eso tiene razón. ¿Tiene coche?

—Sí, pero no lo utilizo. Lo dejé lejos de aquí.

—Entiendo. Se está escondiendo, ¿no es eso? Bueno, me parece lógico. ¿A qué está esperando? Oh, una cosa: ¿tiene por aquí algún plano o mapa de la costa del estado?

—Claro que no —gruñó Howells.

—Claro que no —sonrió Warren—. Le espero.

Adam Howells salió de la salita, y Warren quedó pensativo, mirando el whisky, efectivamente bastante malo. ¿Samuel Bungham había matado *personalmente* a Henry Dickerson? ¿Le había metido cinco balazos en el cuerpo? Esto era tan difícil de creer como que Caperucita se comiera al lobo. Y no porque Dickerson hubiera sido un lobo, sino porque era inadmisibile que una persona como Samuel Bungham cometiese un asesinato.

Sin embargo... Bueno, ¿por qué no? La vida es un asco, ¿no es cierto? Y precisamente es un asco porque las personas hacen cosas así, cosas que parecen imposibles, cosas malvadas, egoístas, brutales, criminales, deshonestas... Por eso es un asco la vida. Mejor dicho, vivir la vida tal como se iba definiendo a finales del siglo XX. No se podía uno fiar ya de nadie. De nadie...

Warren Palmer alzó la cabeza. Su mirada quedó fija en el revólver que empuñaba Adam Howells, apuntándole desde la puerta. Howells se había puesto una corbata y una arrugada chaqueta, cierto. Lo inesperado era lo del revólver.

—Hombre —masculló Warren—, no hay para ponerse así, sólo porque haya dicho que su whisky es una mierda. ¿Esté cargado?

—¿Quiere comprobarlo? —siseó Howells.

—Del modo que usted piensa, no. ¿Qué mosca le ha picado ahora, Howells?

—Quiero quinientos mil, no cien mil. De modo que cuando vea a la señorita Lawrie o al señor Garvan dígales que de momento me llevo los cien mil, que les llamaré dentro de un par de días, y que si para entonces están dispuestos a darme los cuatrocientos mil que faltan volveremos a hablar del asunto. ¿Está claro, tío listo?

—Déjeme que le explique cuál es mi situación, Howells: a mí me han encargado que le lleve a usted a determinado lugar, y si lo hago, y todo sigue adelante, y aclaramos el caso Dickerson, yo me convertiré en alguien profesionalmente importante; es algo así como cuando a una chica linda le dan una oportunidad en el cine, ¿comprende? Y hablo de una oportunidad seria, no de darle gusto al productor o a quien sea. Todo esto quiere decir que no pienso perder las riendas del asunto ni por un segundo, pues quiero ser profesionalmente importante, conseguir buenos trabajos, una buena agencia, tener dinero para invitar a los amigos, casarme, tener hijos que sean listos y honestos y todo eso... ¿Está esto claro, tío listo?

—Usted habla demasiado.

—Entonces se lo resumiré: sólo matándome conseguirá usted largarse de aquí sin mí. Y para matarme tendrá que hacerlo al primer disparo, porque si no...

No terminó la frase. Dejó el vaso de whisky en un brazo del sillón, se

puso en pie y se dirigió resueltamente hacia Howells, que movió amenazadoramente la pistola.

—Escuche, Palmer, no quiero matarle; sólo quería darle un golpe en la cabeza para poder marcharme sin llevarlo a usted detrás... ¡No complique las cosas! Vuélvase de espaldas, eso es todo.

—El día que yo le enseñe el culo a un tipo como usted habrá llegado el momento del suicidio, Howells. ¿Qué prefiere, entregarme el revólver a las buenas o que le rompa la mano y le dé una patada en los huevos?

—¡No dé un paso más!

Warren Palmer siguió caminando, llegó ante Howells, le asió la muñeca derecha con su mano izquierda y la apartó, al tiempo que con la mano derecha aplicaba una tremenda bofetada en pleno rostro a Howells, que salió disparado de lado y hacia atrás, para caer sentado en el pasillo..., dejando el 38 en la mano de Palmer.

Por entre zumbidos, Howells oyó: —No crea que soy un héroe, ni nada parecido. Es sólo que sabía que un tipejo como usted no tiene agallas para matar a nadie. Vamos, póngase en pie. ¡Y déjese ya de tonterías, maldita sea su estampa!

Lo agarró de un brazo, lo puso en pie de un tirón y segundos después lo sacaba del apartamento de un empujón. Cerró la puerta, se guardó el revólver en la cintura y señaló hacia abajo. Pálido el rostro, menos la roja marca en la mejilla izquierda, Adam Howells ya no se complicó más la vida y se dirigió escaleras abajo.

Sí.

Realmente, Adam Howells ya no se iba a complicar más la vida.

Siempre hay almas compasivas que le evitan a uno toda clase de complicaciones.

Y eso le sucedió a Adam Howells. Nada más salir a la calle y dar unos pasos hacia el borde de la acera para requerir un taxi, Warren Palmer oyó junto a él el siniestro chasquido blando, y algo caliente le salpicó la mano derecha y ese lado de la cara..

Todavía pudo ver de pie a Howells junto a él, con la cabeza convertida en un oscuro surtidor y la boca abierta y crispada en un gesto horrendo, mientras que la frente parecía haber desaparecido.

Justo en el momento en que, reaccionando, Warren se dejaba caer de rodillas, varias balas más llegaron hasta Howells, esta vez al cuerpo, que fue empujado y zarandeado brutalmente mientras pequeños volcanes rojos aparecían en su torso. Adam Howells llegó, girando, a la fachada de la casa, dio de cara contra ella y cayó de espaldas, como un guiñapo.

Warren Palmer se desplazaba ya, de rodillas, hacia el coche que tenía enfrente, mientras sacaba el revólver requisado a Adam Howells... Oyó el chirriar de los neumáticos, lanzó una maldición y se metió

entre los dos coches, hacia el centro de la calzada. A su alrededor todo eran gritos y carreras, chillidos histéricos..., pero Palmer solamente pensaba en el coche que huía, con varios asesinos dentro. No menos de dos, desde luego.

Lo vio cuando salió de entre los dos coches, lanzado a toda velocidad en dirección a Fulton Avenue. La mirada del detective fotografió la placa de la matrícula mientras extendía el brazo armado y el dedo se crispaba en el gatillo.

No llegó a disparar. Sabía que no iba a conseguir nada, como sabía que quienes habían disparado contra Howells eran profesionales del crimen. Tan profesionales que si él no se hubiese dejado caer de rodillas lo habrían acibillado también tras asegurarse de que se habían cargado a su primer y verdadero objetivo: Adam Howells.

Regresó corriendo junto a éste, guardando el revólver de nuevo en la cintura. Nada más poner una rodilla en el suelo junto al hombrecillo, supo que estaba muerto, por si tenía alguna duda después de haber visto reventar su frente. Masculló una maldición y se puso en pie, tan pálido como el propio Howells.

Luego, echó a correr. Pero se detuvo en seco, lanzando otra maldición, y regresó junto al cadáver, del cual retiró el sobre conteniendo los cien mil dólares, perforado y manchado de sangre. Se lo metió en un bolsillo. Algunas personas le miraban desde portales y ventanas. Sabía que alguien debía haber llamado a la policía y que si se quedaba allí sólo unos segundos más no tardaría en oír la sirena.

De modo que de nuevo echó a correr.

CAPÍTULO III

—¡Hola! —sonrió—. ¿Qué tal?

—¡Señor Palmer! —exclamó Mirna Lawrie—. ¿Qué hace usted aquí? ¡Estaba esperando su llamada!

—No tenía monedas sueltas para el teléfono. ¿Puedo pasar?

—Pero... Bueno, es que...

La puerta terminó de abrirse y apareció un hombre junto a la muchacha.

—Pase usted, señor Palmer —dijo el hombre.

—Gracias, señor Garvan.

Mirna Lawrie cerró la puerta y se dirigieron los tres hacia el saloncito del apartamento de la muchacha. Ninguna sorpresa por parte de Mirna o del propio Robert Garvan por el hecho de que Palmer conociera a éste. Había aparecido su fotografía en varios periódicos a raíz del asesinato de Henry Dickerson, su jefe, amigo, protector y maestro en el mundo de las finanzas. Robert Garvan era casi tan alto como Palmer, rubio, de ojos claros e inteligentes, facciones muy atractivas; su traje era impecable. Debía tener entre treinta y ocho y cuarenta años.

Ya en el saloncito, que era un primor, Garvan se volvió hacia el detective.

—¿Algo ha salido mal, señor Palmer? —preguntó.

—Sí. Han matado a Howells... Pero se lo merecía: tenía un whisky muy malo.

Mirna palideció, lanzando una exclamación y llevándose las manos a la boca. En la bien dibujada boca de Robert Garvan hubo una crispación, eso fue todo. Acto seguido se dirigió hacia un pequeño bar, sirvió whisky con hielo en un vaso y se acercó a Palmer.

—Espero que el de la señorita Lawrie merezca su aprobación. ¿Cómo la ha encontrado?

—Soy detective, ¿recuerda? Tenía su nombre y su teléfono. Todo lo que tuve que hacer fue buscar en la guía, comprobar que existía una señorita Lawrie con ese número de teléfono, mirar la dirección y venir aquí.

—Dios... —gimió Mirna—. ¡Oh, Dios mío! ¡Otro asesinato!

Se dejó caer en un sillón. Palmer la miró y bebió un sorbo de whisky, que era mucho mejor que el de Howells, desde luego. Miró a Garvan cuando éste preguntó: —¿Lo encontró muerto?

—No. Pude charlar con él unos minutos. Era un cretino. Lo cual, claro, no justifica que una persona sea asesinada. Por cierto, recuperé los cien mil dólares.

Sacó una bolsa de plástico dentro de la cual estaba el sobre perforado y manchado de sangre. Robert Garvan tomó la bolsa, miró el

contenido y fue a dejarla sobre una mesita.

Mirna Lawrie miraba de uno a otro hombre con los ojos muy abiertos.

—¿Qué le dijo Howells, señor Palmer? —preguntó Garvan, siempre sereno, impecable, inalterable.

—¿Puedo sentarme? He tenido una hora y pico muy agitada.

—Por favor —señaló Garvan un sillón.

Palmer prefirió el sofá. Garvan ocupó el sillón. Palmer bebió otro sorbo de whisky, vio una caja con cigarrillos sobre la mesita y tomó uno, que encendió parsimoniosamente.

Luego, sin prisas, con detalle, como si estuviese dictando el informe de una investigación, relató todo lo ocurrido.

Robert Garvan aspiró hondo.

—Es decir —murmuró—, que nos hemos quedado como antes de tener noticias de Adam Howells.

—¡Yo creo que no! —exclamó Mirna—, ¡Si Howells dijo que podía conseguir esa prueba de que fue Bungham quien disparó...!

—Le diré la verdad. Mirna —atajó Garvan—; yo no creo que el señor Bungham hiciera semejante cosa. Usted lo ha visto algunas veces, incluso ha hablado con él... ¿Le parece que Samuel Bungham es capaz de disparar contra una persona, de cometer un asesinato?

—Bueno...

—Yo no puedo creerlo. De modo que la conclusión es muy simple: ese Howells pretendía estafarnos. Nos hubiera engañado con lo del dinero y se habría esfumado en cuanto lo hubiera tenido. Mire, si el señor Palmer hubiera dicho que Howells podía conseguir pruebas de que el señor Bungham había... contratado a alguien para matar a Henry, quizá dudaría. Pero jamás creeré que él, personalmente, lo hiciera. ¡Vamos, seamos juiciosos!

—Señor Garvan —murmuró Palmer—, ¿se ha preguntado usted quién ha matado a Howells... y por qué lo ha hecho?

—¿Eh?

—Estoy seguro de que entiende mucho de finanzas —sonrió el detective—. Hagamos un trato: usted se ocupa de su trabajo, y yo del mío.

—¿Qué quiere decir?

—Voy a seguir en esto, señor Garvan.

—¡Desde luego que no! Usted mismo ha dicho que lo vieron varias personas en compañía de Howells cuando lo mataron... ¡No quiero que siga en esto, no quiero complicaciones para mí, ni para Mirna!

—Eso me parece bien. Pero yo cobro precisamente por meter mis narices en complicaciones. Escuche, Nueva York tiene catorce o quince millones de habitantes, no sé, no los he contado todos. Y yo soy *uno* de sus habitantes, nada más. Ni siquiera soy famoso, aunque sea tan relativamente como usted, que apareció fotografiado en los

periódicos. ¿Cree que las personas que vieron dijeron «¡Ahí va el famoso detective Warren Palmer!»? Todo lo que le habrán dicho a la policía es que un tipo de metro ochenta, cabellos castaños y no muy bien vestido y además algo feo, estuvo allí. ¿Cree que con eso la policía va a encontrarme?

Robert Garvan se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué pretende usted, en definitiva? —murmuró.

—Ya se lo he dicho: seguir con esto.

—Seguir... ¿con qué? ¡No tenemos nada!

—Se equivoca usted; tenemos una matrícula de coche. Usted no sabe la de cosas que se pueden conseguir sólo con eso.

—Puede ser un coche robado.

—Y puede que no.

—No será fácil de encontrar.

—Eso forma parte de mi trabajo, señor Garvan.

—No sé... Otro asesinato... ¡Y eso de que el señor Bungham disparó personalmente contra Henry! ¡No lo creeré nunca! Mire, yo estoy ahora dirigiendo provisionalmente la Eastern Financial, hasta que la Junta nombre un nuevo director general que ocupe el lugar de Henry Dickerson. En mi puesto actual, si tengo la menor oportunidad de hacer papilla, financieramente hablando, al señor Bungham, no dude que lo haré. ¡Puede estar seguro de eso! Pero que nadie me pida que deje de respetar a Samuel Bungham como persona.

¿Lo entiende, Palmer?

—Sí, señor. Y espero que usted también me entienda a mí; voy a hacer mi trabajo de detective mientras usted hace el suyo de financiero. Mire, señor Garvan, le guste o no lo voy a hacer, ¿está claro?

Robert Garvan titubeó visiblemente.

—¿Tiene suficiente dinero para seguir trabajando? —musitó.

—Le pediré más si lo necesito.

—Bien... De acuerdo. Pero, Palmer, si usted molesta sin justificación al señor Bungham o levanta contra él alguna calumnia...

—Yo trabajo con hechos, señor Garvan. No soy un bocazas que va por ahí haciendo el imbécil.

—Está bien... —Garvan miró a Mirna—, Gracias por todo, Mirna.

—Señor Garvan, yo no sabía que el señor Palmer iba a venir aquí...

—No se preocupe. Él habría averiguado de todos modos que es usted mi secretaria y habría obtenido sus propias conclusiones. Por otra parte, usted se encargó de buscarlo y dijo que era un hombre en quien se podía confiar, ¿no es así?

—Así lo creo, en efecto.

—Pues no ha pasado nada. Hasta mañana, Mirna. ¿Vamos, Palmer?

—Si no le importa, me gustaría terminar tranquilamente este estupendo whisky —replicó Palmer.

Garvan miró a Mirna, que dio a entender con un simple gesto que no le importaba quedarse a solas con el detective, lo que éste agradeció alzando el vaso de whisky. Lo había terminado cuando Mirna regresó de acompañar a Garvan hasta la puerta.

—¿Tiene usted un mapa de las costas del estado, señorita Lawrie?

—Creo que sí. ¿Por qué?

—Me gustaría echarle un vistazo.

Un par de minutos más tarde Palmer desdoblaba un mapa y lo extendía sobre la mesita, que acercó. Mirna se sentó a su lado, intrigada.

—¿Qué es lo que busca usted? —se interesó.

—Usted vaya corrigiéndome si me equivoco... —murmuró el detective

—. Aquí tenemos la ciudad de Nueva York. A su derecha, tal como lo vemos nosotros en este mapa, está Long Island. Aquí, en Long Island, en la costa Sur, tenemos, entre otras, la localidad de Bay Shore. Y aquí, en Bay Shore, tiene un chalé frente a la playa Samuel Bungham. ¿Correcto?

—Sí.

—Muy bien. Ahora veamos esto... Entre Long Island y el continente tenemos el Long Sound o el Canal, como quiera. Luego está la costa continental. Más arriba tenemos la localidad de Bedford, tierra adentro. Aquí, cerca de Bedford, está la lujosa quinta donde el señor Dickerson, su propietario, fue asesinado hace dos semanas... La distancia, en línea recta, entre el chalé del señor Bungham y la quinta del fallecido señor Dickerson es de unos setenta kilómetros. Por carretera esa distancia puede cubrirse normalmente, sin prisas y sin pausas, pongamos en una hora. ¿Sí?

—Más o menos, sí.

—Pero si uno fuese desde Bay Shore a Bedford por tierra tendría que cruzar Nueva York o bien utilizar uno de los transbordadores del lado norte de la isla. Desde luego, si cruza Nueva York tardará mucho más de una hora; y si cruza el Canal en un transbordador será visto él y su coche por mucha gente. ¿De acuerdo?

—Por completo.

—Ahora supongamos que yo quiero ir desde Bay Shore a Bedford sin tardar más de una hora y sin utilizar el transbordador, a fin de que nadie me vea y más adelante pueda decir que me reconoció en tal día y a tal hora en el transbordador. ¿Qué puedo hacer?

—No sé... ¿Utilizar un helicóptero?

—Demasiado vistoso, señorita Lawrie. Se puede hacer de otro modo menos rápido, pero mucho más discreto. Yo salgo de Bay Shore con mi coche en dirección a Northport, por ejemplo, que esté al otro lado de la isla, es decir, frente al continente. ¿Visto? Aquí en Northport, tengo una lancha esperando; con ella me traslado hasta la costa continental,

hasta Riverside, por ejemplo. Aquí, en Riverside, tengo un coche esperando. Subo a él y conduzco hacia Bedford. Llego a Bedford, hago lo que tengo que hacer y regreso haciendo lo mismo que antes, pero a la inversa, naturalmente. En total, el viaje de ida y vuelta me habrá llevado unas dos horas. ¿Está conforme?

—Sí, pero... ¿adónde quiere ir a parar?

—Según todo lo que yo he leído en los periódicos, cuando el señor Dickerson fue asesinado se hallaba en su quinta de Bedford, y el señor Bungham se hallaba en su chalé de la playa de Bay Shore. ¿Con quién estaba el señor Bungham?

—Con su secretaria —murmuró Mirna.

—¿La conoce usted? ¿Sabe cómo se llama y dónde vive?

—Se llama Rosalind Pope... ¿Qué pretende usted?

—¿Mentiría usted por su jefe, el señor Garvan? Supongamos que él le pidiera que le facilitara la coartada, que dijera que tal día a tal hora estaban los dos solos y juntos en determinado lugar... ¿Lo haría?

—No.

—¿Ni siquiera por un millón de dólares, por ejemplo?

—Señor Palmer, la señorita Pope y el señor Bungham no estaban solos en el chalé de la playa cuando mataron al señor Dickerson.

—¿No? ¿Quién estaba con ellos dos?

—Bueno... Bien, ya era de noche, creo que las ocho y pico, así que seguramente a esa hora ya estaban solos. Pero durante el día los dos habían estado recibiendo visitas de ejecutivos de la S. B. Operators y solucionando continuamente asuntos por teléfono. El señor Bungham, precisamente, había decidido instalarse allí durante todo el día con su secretaria para no ser molestado por nada ni por nadie, a fin de solventar asuntos muy importantes precisamente relacionados con el asunto de la absorción de una empresa por la otra. Fue mucha gente de la más estricta confianza del señor Bungham al chalé de la playa.

—Sí, pero... ¿hasta qué hora? ¿Hasta las cinco, las seis, quizá las siete? Al señor Dickerson lo mataron un poco antes de las nueve de la noche. Si el señor Bungham dejó de atender sus visitas de colaboradores imprescindibles a las siete, tuvo tiempo de ir a Bedford, matar al señor Dickerson y volver. Y esto, ya, sólo lo sabría su secretaria, la señorita Pope.

—Lo cual la haría cómplice de un asesinato.

—Y propietaria de un millón de dólares, pongo por caso. Cantidad que, para el señor Bungham, y más sabiendo lo que estaba en juego, no debía ser demasiado importante.

—Señor Palmer, todo el mundo ha aceptado que el señor Bungham y la señorita Pope estuvieron en el chalé de Bay Shore...

—Señorita Lawrie: todo el mundo no ha hablado con un tipo llamado Adam Howells que ha asegurado que él podría demostrar que fue

Bungham quien mató personalmente a Dickerson.

—¡Ese hombre ha podido mentir...!

—¿Sí? Entonces, ¿por qué matarlo? Si mentía, sería para servir los intereses de alguien contra el señor Bungham, ¿no es así? Así que, ¿por qué matarlo? Y fíjese qué oportunamente, es decir, cuando podía habernos entregado o facilitado esas pruebas.

Aunque yo no diría que ha muerto oportunamente, sino cuando han podido localizarlo.

—¿Qué quiere decir?

—Howells llevaba días encerrado en un cuchitril, sin afeitarse, sin salir para nada. Si hubieran sabido que estaba allí no habrían esperado para matarlo, sino que yo ya lo habría encontrado muerto y putrefacto. En cambio, sólo lo encontraron cuando lo encontré yo. ¿Sabe por qué?

—No... No.

—Yo sí. Alguien está vigilándola a usted y posiblemente al señor Garvan. ¿Por qué?

Pues precisamente porque temían que Howells se pusiera en contacto con ustedes.

—¿Está usted sugiriendo... que me han estado vigilando a mí, que me han visto conversar con usted y que luego le han seguido a usted... para encontrar a Adam Howells?

—Exactamente. ¿Y por qué lo han matado? ¿Para impedirle contar mentiras o verdades? Las mentiras mueren por sí solas, señorita Lawrie. En cambio, las verdades prevalecen siempre... y pueden llegar a ser muy peligrosas.

—¿Usted... cree que Howells dijo la verdad, que el señor Bungham... asesinó al señor Dickerson...?

—Mañana me dedicaré a localizar el coche en el que iban los sujetos que mataron a Howells. Esta noche puedo aprovecharla de otro modo. Bueno, hay modos más divertidos, pero usted no me ha pagado por eso, ¿verdad?

—Yo sólo le pagué para que hablase usted con Howells. Y ya lo ha hecho, señor Palmer.

—¿Debo entender que ya he ganado mis dos mil dólares y que por tanto no hace falta que me moleste más? Ya hemos discutido eso con el señor Garvan, ¿recuerda? Pero, en fin, tampoco tengo una prisa especial en ver a la señorita Pope. A decir verdad, preferiría pasar la noche con usted. Soy un conversador animado, entre otras cosas... ¿Qué tenemos para cenar?

—Inténtelo con Rosalind Pope... —rió Mirna—. ¡Es una solterona, así que quizá lo consiga!

—Muy bien. ¿Dónde vive?

—Es usted muy... dinámico y eficiente, señor Palmer.

—Pues espere a conocerme bajo otros aspectos.

—¿Por ejemplo?

—Estoy irresistible cuando me baño.

—¡No me lo diga!

—Lo juro —alzó Warren una mano—. ¿Y usted? ¿Qué tal será cuando se baña? No, espere, no me lo diga... ¡Podría darme un infarto!

—Sí que es usted impresionable. De acuerdo, no se lo digo.

—Pero va a decirme dónde vive la señorita Rosalind Pope, ¿no es cierto? ¿A que sí?

—Trescientos veintidós, East Seventhy Ninth.

—Magnífico. Y buen whisky... —señaló el vaso—. ¿Bebe usted mucho? ¿O sólo tiene la botella para los amigos?

Mirna Lawrie entornó los párpados.

—Tengo la botella de whisky porque me da la gana. Y el señor Garvan no sólo no es «mi amigo», sino que aparte de ser simplemente mi jefe, es la primera vez que viene aquí. ¿Algo más, señor Palmer?

—Sí. Me estoy volviendo loco por usted. ¿Puedo besarla?

—No.

—Oiga, no soy un crápula vicioso, sería un beso de auténtico amor. ¿Qué le pasa? ¿Tiene algo contra el amor?

—¡Claro que no!

—Ah. Entonces...

Se puso en pie, tiró de las manos de Mirna Lawrie obligándola a hacer lo mismo, la abrazó y la besó en la boca. Mirna Lawrie no se movió, no hizo nada. Simplemente se dejó abrazar y besar. Por fin, muy despacio, Palmer la soltó y se quedó mirando los hermosos ojos de la muchacha, que le contemplaban inexpresivamente.

El detective sonrió.

—¿Se ha enfadado? —murmuró.

—No vale la pena.

—Estupendo. ¿Me presta su coche, entonces?

Mirna Lawrie no dijo nada. Simplemente fue adonde estaba su bolso, sacó unas llaves y se las tendió a Warren, que se las guardó en un bolsillo.

—No me diga cuál es, ya lo sé.

—Sabe usted muchas cosas, señor Palmer.

Él la miró con el ceño fruncido. Al parecer, a la gente le daba por olvidar que era detective privado. Pero él no lo olvidaba, de modo que tras encoger los hombros salió del saloncito.

Próxima parada: Rosalind Pope.

CAPÍTULO IV

Ya a primera vista Rosalind Pope desconcertó no poco a Warren Palmer.

Considerando lo que se había llegado a elucubrar sobre ella, especialmente en lo referente al millón de dólares que pudo haber recibido por parte de su jefe Samuel Bungham, cabía esperar que, aunque fuese lo que Mirna Lawrie había definido como una solterona, tuviese un aspecto diferente.

Por ejemplo, podía haber sido rubia, de grandes ojos azules embaucadores, sugestiva, sensual..., y tener treinta años o así, lo que ya comienza a adquirir la categoría de solterona.

Pero, no.

No era rubia, no tenía los ojos azules, no había en ella el menor detalle que pudiera incluirla en la clasificación de embaucadora sensual. Debía tener unos cuarenta años, era morena, de grandes ojos oscuros y reposados, y su boca era roja y llena, suave, sin el menor gesto de malicia. Tampoco llevaba una *deshabillé* de película en colores, sino una discreta y elegante bata que, eso sí, permitía atisbar unas formas rotundas y armoniosas.

Era, simplemente, delicadamente hermosa.

Había abierto la puerta sin precaución alguna, tranquila. Su gesto era amable cuando preguntó: —¿Qué desea?

—¿Señorita Pope?

—Sí.

—¿Podría recibirme unos minutos? Soy Warren Palmer y estoy tratando de escribir un artículo sobre...

—Señor Palmer, no concedo entrevistas sobre ese asunto.

—Bueno, todavía no me ha permitido terminar mi...

—Es sobre el asesinato de Henry Dickerson, ¿no?

—Pues sí, pero...

—Lo siento; no hago declaraciones. Ya hablé hace un par de semanas a algunos periodistas y no me quedaron ganas de volver a hacerlo. Créame que lo siento.

—La comprendo a usted. Y le ruego que me perdone; siento mucho haberla molestado.

—No me ha molestado —sonrió ella amablemente—. Usted está en su derecho al intentar conseguir información para su trabajo, señor Palmer. Sin embargo, por mi parte y sintiéndolo mucho...

—Eso es —dijo Warren—: Schubert.

—¿Qué?

El detective señaló hacia el interior del apartamento.

—Si mis orejotas siguen funcionando bien, estoy oyendo a Schubert. Espere, no me lo diga... ¿«Fantasía para violín y piano en do mayor»,

Opus 159?

La señorita Pope parpadeó lentamente.

—¿Le gusta a usted la música, señor Palmer, —susurró.

—Especialmente a esta hora, después de una buena cena y con un vaso de buen whisky en las manos. Aunque a decir verdad Franz Schubert no es mi preferido.

—¿Cuál es su preferido?

—Bueno, hay varios... Generalmente escojo según mi estado de ánimo. Por ejemplo, en ocasiones incluso elijo a Gershwin.

—¿De veras?

—Espero que eso no la predisponga contra mí personalmente.

Rosalind Pope sonrió, titubeó un par de segundos y, por fin, se apartó de la puerta.

—¿Quiere pasar, señor Palmer?

—Con mucho gusto; gracias. Aunque si está usted escuchando música comprendería muy bien que...

—Por favor, pase.

Warren asintió y entró en el apartamento. Rosalind Pope cerró la puerta y se dirigió hacia la salita. Warren entró tras ella y, con un solo vistazo, supo a qué atenerse con respecto a Rosalind Pope, cuyo carácter y modo de vida se reflejaba nítidamente en la decoración: seria, pero no aburrida; selecta, pero no extravagante.

En efecto, en un moderno aparato de alta fidelidad giraba un disco con música de Schubert. Los muebles eran sobrios y confortables. Había libros en abundancia. Pocos cuadros, pero buenos. La alfombra era densa, de un color alegre y relajante al mismo tiempo.

—Con frecuencia —dijo la señorita Pope— la gente utiliza diversas artimañas para conseguir lo que quiere. Simulan poseer unos conocimientos y unas cualidades que no tienen a fin de embaucar a otras personas y predisponerlas a su favor. Incluso a veces utilizan la música. Sin embargo, una persona que no sólo tiene el valor de decir que Schubert no le gusta mucho, sino que además conoce su obra, no puede estar fingiendo. Así pues, señor Palmer, usted entiende de música, lo que, a determinado nivel, le convierte en un espíritu selecto. ¿Con hielo?

—Sí, gracias.

—Perdóneme un minuto.

Rosalind Pope regresó de la cocina con una graciosa cubitera, de la que sacó un par de cubitos que echó en un vaso. Escanció el whisky y tendió el vaso a Warren Palmer, que la observaba con suma atención.

—Siéntese, señor Palmer. Le concederé a usted diez minutos de mi tiempo.

¿Suficiente?

—Por supuesto. Se lo agradezco mucho.

Ella se sentó y entonces lo hizo Warren. Pero no hizo pregunta alguna, sino que se limitó a beber el whisky mientras proseguía la fantasía de Schubert. La señorita Pope le miraba atentamente, sin disimulo alguno, y Warren comenzó a lamentar no haber invertido parte de los dos mil dólares en comprarse un traje, unos zapatos y una camisa. Bueno, ya no tenía remedio..., pero seguía desentonando allí, con el buen gusto que había a su alrededor, con la bata de Rosalind Pope, incluso con la música de Schubert.

La música terminó. La señorita Pope ofreció cigarrillos a Warren y encendió otro para sí.

—¿Qué desea usted saber, señor Palmer?

—Bueno, como desear saber desearía saber quién mató al señor Dickerson, pero no creo que usted esté al corriente de eso.

—Lamentablemente, no. Fue un crimen abominable. Henry Dickerson era una persona de gran valía humana y profesional.

—Lo mismo se dice del señor Bungham, el jefe de usted.

—Porque es igualmente cierto. Como es natural, conozco muy bien al señor Bungham y sé lo que digo. Yo me atrevería a esperar de usted que ni siquiera de forma... artísticamente velada insinuara la posibilidad de que el señor Bungham haya tenido algo que ver en un asesinato.

—No era ésa mi intención.

—¿Cuál es su intención?

—¿Cuánto hace que trabaja usted para el señor Bungham?

—Entré en la empresa hace catorce años, pero sólo hasta que llevaba cuatro en ella no pude ni tan siquiera ver al señor Bungham. No obstante, él sí debía tener informes sobre mí, porque cuando comenzaba mi quinto año de empleada en la S. B. Operators me hizo subir a su despacho y me preguntó si querría ser su secretaria privada. Es decir, que hace diez años que veo diariamente al señor Bungham durante muchas horas.

—Debe usted conocerlo muy bien.

—Sí.

—¿Por qué la eligió él, así de pronto, para secretaria?

—No fue «así de pronto». Luego supe que llevaba ya varios meses valorándome, siempre por medio de informes del jefe de personal. Supongo que en la elección influyó el hecho de que hablo italiano, español, alemán y francés.

—¡Caramba!

—Eso está al alcance de todos —sonrió Rosalind Pope—; todo lo que hay que hacer es estudiar de verdad.

—Y hacer viajes por el extranjero, supongo.

—Ayuda mucho. De todos modos, para hablar todos esos idiomas no hace falta salir de Nueva York.

—Es cierto. ¡Caramba, cuatro idiomas! No está nada mal. Su sueldo debe ser muy bueno en la empresa.

—Naturalmente.

—Mmm... Tengo entendido que es usted soltera, señorita Pope.

—Así es. Y para evitarle a usted la descortesía de preguntar cómo es posible que una mujer como yo esté soltera, se lo diré: los hombres como usted no abundan.

—¿Como yo?

—Como usted: alto, no demasiado guapo, inteligente, amable y simpático..., además de educado.

—Caramba, señorita Pope...

—Siento mucho haberlo turbado. ¿Más whisky?

—No... No, gracias. Temo que hoy me estoy excediendo.

—Lo dudo —sonrió ella—; pero, realmente, siempre es preferible una copa de menos.

Señor Palmer, temo que le he fastidiado la entrevista. Usted ha venido aquí dispuesto a hacer preguntas... digamos agresivas, incisivas, y ahora no se atreve o, mejor, digamos que no quiere hacerlas por consideración a mí. Es muy de agradecer, pero los dos estamos perdiendo el tiempo. Me parece que no podré ayudarle demasiado... a escribir ese artículo.

—¿Qué quiere decir?

—Tengo la impresión, y perdóneme si me equivoco, de que usted no es periodista. ¿Lo es?

—No.

—¿Qué es?

—Detective privado, señorita Pope.

—Ah. ¿Puedo saber para quién trabaja y qué pretende exactamente?

—A lo primero no puedo contestar, y créame que lo siento. A lo segundo, sí: quiero descubrir al asesino de Henry Dickerson.

—Eso me parece loable. Y sabiendo ya que no es usted periodista, que no va a publicar nada de lo que hablemos, y que sólo lo utilizará en una investigación que ya he comprendido que es muy discreta, no me molestará ayudarle. Haga sus preguntas incisivas, señor Palmer.

—De acuerdo. Le haré una pregunta que no se la he hecho a personas más cercanas a mí precisamente porque comprendí que no sabían la respuesta. Si la hubieran sabido, habrían reaccionado de algún modo al escuchar un nombre.

—¿Qué nombre?

—Adam Howells. ¿Lo conoce usted?

—Howells, Adam... Sí, creo que sí. Sí, sí. ¿Por qué se interesa usted por él?

—¿De qué lo conoce usted?

—Es uno de los empleados de la S. B. Operators... Bueno, lo era.

Precisamente recuerdo su nombre porque hace dos o tres semanas se despidió de la empresa.

—¿Se despidió? ¿Abandonó voluntariamente el empleo?

—Así es. No dijo por qué. Simplemente, se fue. Estaba en la sección de mantenimiento de las instalaciones eléctricas. Un electricista o algo así.

—¿Podría usted recordar exactamente cuándo dimitió el señor Howells? Veamos: ¿fue antes o después de la muerte del señor Dickerson? ¿Puede recordarlo?

Rosalind Pope estuvo reflexionando algunos segundos antes de mover afirmativamente la cabeza.

—Fue antes —aseguró—. Tres o cuatro días antes.

—¿Está segura?

—De otro modo no lo habría dicho, señor Palmer.

—Claro. Me gustaría... saber más cosas de Adam Howells. Por ejemplo, si tenía familia, dónde vivía, qué clase de persona era...

—¿Era? ¿Tenía, vivía...?

—Ha muerto, señorita Pope. Esta tarde lo han acribillado a balazos en la calle.

—Dios bendito... —palideció Rosalind Pope—. ¿Quién ha hecho eso? ¿Por qué?

—No lo sé. Pero si llegara a saberlo creo que me encontraría en la buena pista para llegar a saber quién mató al señor Dickerson, ya que, en mi opinión, un asesinato está relacionado con el otro. ¿Podría usted conseguirme esa información sobre Adam Howells?

—Para ese asunto, sí. Llámeme mañana a las nueve y media a la S. B. Operators, señor Palmer, y le pasará la información, que no dudo constará en nuestros archivos de personal.

—Es usted verdaderamente amable, señorita Pope.

—A decir verdad, siempre he admirado a los buenos detectives privados. ¿Y sabe por qué, señor Palmer? Pues porque hacen las cosas con más discreción que la policía. Y en este caso, en que sé muy bien que se murmura el nombre de mi jefe, el señor Bungham, estoy dispuesta a todo con tal de ayudarle.

—No había esperado conseguir tanto... —sonrió Warren—. Incluso el whisky es el mejor que he bebido hoy. Entre unas cosas y otras creo que molestarla más tiempo sería desagradecido por mi parte. ¿Quién seguirá ahora? ¿O continuará con Schubert?

—¿Cuál me aconseja? —casi rió Rosalind.

—Bueno... Después de Schubert sería conveniente algo un poco más... diáfano y sencillo, quizá. Claro que va a gustos. Es posible que Vivaldi reanimase un poco su espíritu... Muchísimas gracias por todo, señorita Pope. Sinceramente, ha sido un placer conocerla.

—Lo mismo digo —aseguró Rosalind Pope.

—¡Hombre! —exclamó Brett Lanigan—. ¡Esto sí es todo un placer, maldita sea mi estampa! ¡Aquí tenemos al lobo solitario!

—Hola, Brett —sonrió mosqueado Warren—. ¿Cómo te va?

—De maravilla. Ya ves, cenando conforme a mis normas, es decir, selección y capricho.

¿Has cenado ya?

—No.

—¡Con lo tarde que es...!

—¿Para ti no es tarde?

—También —sonrió Lanigan—, pero en nuestra profesión no siempre se cena cuando se quiere, ¿verdad? Siéntate, te invito a cenar. ¡Pero te elijo yo la cena! No quiero que me echas a perder la mía pidiendo hamburguesas o cosas así. ¡Las odio!

—Brett, quiero contratarte.

Brett Lanigan ladeó la cabeza y entornó los párpados. La situación podía parecer divertida: un detective privado contratando a otro. Pero Lanigan era demasiado inteligente para reírse. Y demostró su inteligencia.

—De modo que estás detrás de algo *realmente* bueno, ¿eh? —susurró.

—Sí.

—Y claro, tú solo no puedes con todo.

—No. Se trata de buscar un coche..., no sólo saber a quién pertenece, sino encontrarlo. Y ahí termina todo para ti y tus muchachos.

—Entiendo. El pastel para ti solo.

—¿Te parece mal?

—Me parece lógico, y no tiene nada de incorrecto. Bueno, te buscaré ese coche. ¿Cuál es la matrícula?

—Sólo tengo dos mil dólares, Brett.

—Dos mil dólares, ¿eh? ¡Eres rico, muchacho!

—Menos guasa. Bueno, espero conseguir más de mi cliente, de modo que...

—Olvidalo. Yo no soy de esos que hunden a los compañeros en el pozo de la miseria. En esta asquerosa Nueva York hay carne putrefacta para todos y tú tienes derecho a tu ración. Te voy a hacer un trato: tú pagas la cena y en paz.

Warren Palmer parpadeó.

—Espero poder devolverte algún día el favor —murmuró.

—Yo también lo espero. Pero tampoco es cosa que vaya a quitarme el sueño. Y a propósito de quitarme el sueño; tengo una cita después de cenar con una chica que tiene una amiga que...

—Lo siento, Brett; a mí también me está esperando una chica.

—¿De veras? ¿Tan fea como tú?

—Es un bombón.

Brett Lanigan movió la cabeza.

—¿Sabes, Warren? Por muchas calamidades que nos pasen en la vida hay algo llamado suerte que aparece tarde o temprano ante nuestras narices. Seguramente te ha llegado el momento, así que no te descuides. Oye, ¿puedo pedir champaña?

* * *

Eran casi las diez y media de la noche cuando Warren Palmer introdujo el llavín en la cerradura, abrió y entró en el apartamento. Cerró silenciosamente, tocó la botella de champaña para asegurarse de que todavía estaba fresco y se fue directo a la cocina. Tanteó en busca del interruptor, encendió la luz y buscó las copas. Escogió dos, apagó la luz con la punta de la nariz y salió de la cocina. Vio la luz en un lado del pasillo, se fue hacia allá y entró en el dormitorio cuya luz estaba encendida.

Desde la cama, con una revista en las manos, Mirna Lawrie se quedó mirándolo atentamente.

—Hola... —saludó Warren, alzando la botella—. ¿Te viene de gusto?

—Claro que sí —sonrió ella—. Me encanta el champaña. ¿Cómo te ha ido con Rosalind Pope?

—Magníficamente.

—¿De verdad? —exclamó Mirna, sentándose mejor en la cama.

Estaba desnuda y sus hermosos pechos oscilaron sugestivamente. Warren Palmer se acercó, se sentó en el borde de la cama y besó primero un pecho y luego el otro.

—De verdad —dijo luego—, Pero si no te molesta, de momento preferiría no hablar de ello.

—De acuerdo. Sólo dime una cosa: ¿has conseguido algo positivo?

—Creo que sí; al menos, espero conseguirlo.

—¿Has estado hasta ahora con ella?

—No. Cené con un amigo, que me dio la idea de traer champaña. ¿Te atreves a descorcharla?

—¡Claro que sí! —rió Mirna, sentándose ahora en el borde de la cama, con nueva vibración de sus espléndidos pechos.

Procedió a ello, mientras Warren Palmer se desnudaba. Cuando éste hubo terminado ya había champaña en las dos copas. Warren se sentó en el borde de la cama junto a Mirna, tomó una copa y con el otro brazo rodeó la cintura de la muchacha.

—A las nueve y media tengo que hacer una llamada —dijo.

—Bueno... Tenemos mucho tiempo por delante, entonces. Creí que no lo entenderías.

—¡Y dale...! ¿Cuántas veces tengo que decirte que soy detective? En primer lugar, cuando dijiste que no valía la pena molestarse por el

beso, yo pensé que realmente habías dicho «por el contrario, me he alegrado, porque me ha gustado». Y aunque todavía tenía mis dudas, éstas se esfumaron cuando vi las llaves. Considerando que todo el mundo tiene o debería tener un duplicado de las llaves de su coche, eran éstas las que debías haberme facilitado, no las que incluían en el mismo llavero las de tu apartamento.

—Más claro, el agua, ¿no? —rió Mirna, relucientes los ojos.

—Sí. Pero mejor, el champaña. ¿Cuánto hace que estás enamorada de mí?

—¡Huy...! ¡Por lo menos tres días!

—Me llevas ventaja. Bueno, bebamos... Me gustará besarte en la boca con gusto a champaña.

Cuando poco después lo hizo le gustó, en efecto. Era deliciosa la boca de Mirna Lawrie con gusto a champaña. Deliciosa. Pero, ciertamente, no fue aquello lo mejor que Mirna le ofreció a Warren Palmer aquella noche.

Y es que, aunque alguien lo dude, hay cosas mejores que el champaña. Aunque sea champaña francés.

CAPÍTULO V

A las nueve y treinta y cinco minutos de la mañana Warren Palmer colgó el teléfono de la mesita de noche y se volvió en la cama hacia Mirna, que le contemplaba fijamente.

—Tengo que marcharme —dijo.

—¿Sin desayunar ni ducharte?

—Podemos invertir media hora en eso. Supongo que también tienes que ir a trabajar.

—Sí, pero puedo llegar cuando quiera.

Él atrajo su rostro y besó la tierna boca.

—Vamos a la ducha —susurró luego.

Ya los dos bajo el agua tibia, Mirna preguntó de pronto: —¿Cómo lo has conseguido?

—¿El qué?

—Evidentemente, tienes a Rosalind Pope de tu lado. ¿Cómo has podido lograrlo?

—Seamos consecuentes. ¿Te sorprende que haya conseguido la adhesión de Rosalind Pope un hombre que ha conseguido meterse en tu cama el mismo día de conocerte?

—¡Es verdad! —rió Mirna—. Pero no se lo digas a nadie... ¡En la empresa tengo fama de seria!

—Vaya una cosa. ¿Qué pitos tiene que ver la seriedad con el sexo o el amor o con ambas cosas? ¿Te importa que me lleve tu coche?

—Claro que no. Warren..., ¿vas a ir adonde vivía Adam Howells realmente?

—Después de desayunar —dijo Palmer.

Y la besó bajo la lluvia de la ducha.

* * *

Aquí, en el portal del número 614 de la West 32nd Street, edificio donde, según Rosalind Pope, había tenido su domicilio Adam Howells, sí constaba el nombre de éste en el casillero para la correspondencia. No era un edificio lujoso, pero sí mejor que aquel en el que Howells había estado esperando medio millón de dólares.

Warren Palmer leyó la indicación y se metió en el ascensor. No había nadie por allí.

Mejor. Según la señorita Pope, Adam Howells no tenía familia, ni directamente ni por casamiento, ya que era soltero. Lo que hizo reflexionar a Palmer respecto a que, en efecto, los solteros viven menos que los casados.

«Buena broma», se sonrió a sí mismo en el espejo del ascensor.

Muy bien, Adam Howells había estado soltero, sin familia de ninguna clase, vivía solo en aquel apartamento... Un electricista o algo así. Con

un empleo nada menos que en la S. B. Operators. Bueno, no se iba a enriquecer; pero, dados sus méritos personales, tampoco podía pedir más. Y de pronto, *antes* del asesinato de Henry Dickerson, Howells dimite de su empleo. Pero no para incorporarse a otro mejor, no, sino para meterse en un cuchitril y, tres semanas más tarde, pedir quinientos mil dólares por una información importante.

¿Conclusión?: alguien había utilizado a Adam Howells en el asunto del asesinato de Henry Dickerson y, pasados varios días, Adam Howells, tras reflexionar escondido, había tomado una decisión que le había costado la vida. Ahora bien, ¿qué podía tener que ver con aquel asesinato un sujeto insignificante como Howells, y por qué hacerle abandonar su empleo días antes del asesinato? Esto era precisamente lo que, a juicio de Palmer, involucraba indiscutiblemente a Howells con el asesinato, pero... ¿de qué modo habían utilizado a Howells y por qué hacerle dejar su empleo?

El ascensor se había detenido, pero Warren tardó unos segundos en darse cuenta de ello, absorbo en sus pensamientos. Y de pronto se dio cuenta de otra cosa: oía voces en el pasillo en cuyo centro se había detenido el ascensor. Varias voces de hombre...

Por puro instinto, pulsó el botón del piso siguiente, y allí salió de la cabina.

Abajo ya no se oían voces y Warren se estremeció ligeramente: quienquiera que estuviese abajo estaba escuchando lo que sucedía arriba. Comprendió por qué no había visto a nadie en el vestíbulo del edificio: la policía estaba en él, investigando el apartamento de Adam Howells. Muy discretamente. Tanto, que ni siquiera habían acudido allí en coche oficial, lo que le habría alertado a él o a cualquiera que hubiese querido echar un vistazo al apartamento de Howells.

Un vistazo en busca de algo. ¿Y qué otra cosa podía ser sino la prueba que Howells había asegurado tener respecto a que Samuel Bungham había matado a Henry Dickerson?

Claro que la policía no sabía nada de esto, pero era lógico que estuviese allí. ¿Encontrarían algo?

Y de pronto comprendió que no, que no encontrarían nada en absoluto. Si aquellos tipos habían matado a Howells sin complicarse la vida, quería decir que o ya tenían lo que querían y querían luego simplemente silenciar a Howells, o que éste había mentido y no existía ninguna prueba tangible en aquel sentido, sino solamente su testimonio personal.

Y muerto él, muerto el testimonio.

Con lo que finalmente llegó a la conclusión de que también él había perdido el tiempo acudiendo al apartamento de Adam Howells. ¡Maldita sea, debió pensarlo antes, debió dedicar parte de la noche a reflexionar sobre los datos ya obtenidos y los hechos, como tenía por

costumbre! Pero... Pero aquella noche la había dedicado no a pensar, sino a cosas más placenteras, en compañía y complicidad de la deliciosa y dulce Mirna Lawrie...

Y abajo seguían escuchando, seguro. Debían estar esperando oír abrirse y cerrarse una puerta, para convencerse de que quien había subido era un vecino que se había equivocado de piso y luego había vuelto a pulsar el botón. Si lo veían y tenían la descripción del hombre que había estado junto a Howells cuando este fue acribillado...

Warren se dirigió a una de las puertas y llamó. A los pocos segundos abrió una mujer, que se lo quedó mirando expectante. Sabía que había policías en el edificio. Lo sabía. ¿Lo confundía con uno de ellos?

—¿Sí? —inquirió.

—Perdón, señora... —Warren echó un vistazo al indicador de la puerta—. Me he equivocado. Por favor, discúlpeme.

—No importa —sonrió la mujer.

Cerró. No tan fuerte como Warren hubiese querido, pero el sonido debió llegar abajo, porque a los pocos segundos volvió a oír las voces.

Subió al piso siguiente y desde allí llamó al ascensor. Se metió en la cabina. Si se les ocurría mirar cuando pasase por el piso donde estaba el apartamento de Howells, mala suerte. Pero la policía sólo sabía que Adam Howells había sido asesinado, y nada más. Ni se les debía ocurrir que alguien relacionado con Howells fuese allí, ni buscaban nada, salvo pistas corrientes.

No sabían nada de nada.

Y Warren Palmer se convenció de esto cuando un minuto más tarde, sin contratiempo alguno, salió a la calle, fue adonde había dejado el coche de Mirna, se metió en él y partió.

Sólo entonces se dio cuenta de que tenía la frente perlada de fino sudor. Se pasó el pañuelo. Muy bien: ¿sólo había existido el testimonio directo y personal de Adam Howells? Entonces, ¿cómo se había atrevido éste a decir que tenía *pruebas*. La palabra de una persona contra la de otra, sobre todo si esta otra era Samuel Bungham no servía de nada. Claro, se podía sospechar que Samuel Bungham había hecho un pacto con su empleado Howells, para utilizarlo de alguna manera, y luego darle una buena cantidad de dinero y que Howells se fuese a Sudamérica, por ejemplo. Por eso antes había convenido en que Howells debía abandonar el empleo en la S. B. Operators...

* * *

—Pero bien pensado —dijo Warren—, todo es absurdo.

—¿Por qué? —se sorprendió la muchacha—. A mí me parece bastante razonable todo lo que me has contado, Warren.

Este movió la cabeza. Había llamado a Mirna a la Eastern Financial, y ahora estaban almorzando juntos en un *snack* cerca de las oficinas de

aquélla.

—Lo parece, pero no lo es. En primer lugar, porque Howells no se marchó a Sudamérica, sino que se quedó en Nueva York, escondido en una pequeña pocilga. En segundo lugar, porque si quería denunciar a Samuel Bungham podía haberlo hecho antes.

En tercer lugar, porque si Samuel Bungham había pensado eliminar a Howells después de utilizarlo, por ejemplo para pilotar la lancha y el coche, no tenía por qué esperar dos semanas. Y en cuarto lugar, porque contratar a unos profesionales del crimen para que eliminen a Howells no tiene sentido en un hombre que, teóricamente, pudo haber tramado e incluso perpetrado directamente el asesinato de Henry Dickerson; simplemente, luego, Samuel Bungham pudo haber eliminado a Howells, y ya está.

—Pero Howells había sido empleado suyo, y la policía...

—La policía sabrá eso muy pronto, si no lo sabe ya. Y por otra parte, Samuel Bungham saldría fácilmente del paso diciendo que Howells, un empleado al que ni siquiera conocía personalmente, se había despedido de la S. B. Operators, y que no sabía nada más de él. Y otra cosa, ¿te parece inteligente contratar a unos asesinos profesionales para que maten a Howells? Ciertamente, Bungham eliminaría así a un testigo o cómplice, pero se creaba otros dos o tres: los asesinos de Howells. ¿No lo comprendes? ¡Un caballo cabalga en un gusano!

—¿Qué...?

—Es como ver un caballo cabalgando en un gusano. Al revés podría ser: un gusano cabalgando en un caballo. Pero tal como están las cosas, es como si vieses un caballo cabalgando en un gusano. ¿Qué pensarías si vieses un caballo cabalgando en un gusano?

—¡Que estaba viendo visiones! —rió Mirna.

—Exactamente: estamos viendo visiones. Visiones provocadas por alguien que tiene interés en colocar una situación difícil al señor Bungham.

—¿Qué situación difícil? ¡Solamente tú sabes todo eso! ¿Se lo vas a decir a la policía, acaso?

—No.

—¿Entonces? Oh, bueno, está Rosalind Pope. Quizá ella, si la policía aparece por la S. B. Operators les hable de ti.

—No. No lo hará.

—¿Por qué no?

—Porque admira a los detectives privados que hacen discretamente su trabajo —sonrió Warren—. ¿Sabes lo que pienso? Pienso que la prueba que mencionó Howells existe. Y si mataron a Howells fue porque, o bien habrían recuperado esa prueba, o bien han deducido que Adam Howells la escondió tan bien que, muerto él, ya nadie podrá encontrarla. ¿Te parece que esto tiene sentido?

—Yo diría que sí.

—Esto sí lo tiene —gruñó Warren—. Ahora pensemos en esa prueba tan bien escondida que sólo Howells podría sacarla a la luz. ¿Qué puede ser? ¿El arma que se utilizó para matar a Henry Dickerson? Sólo se sabe de ella que fue un Colt 22.

Naturalmente la policía pasó por Balística las balas encontradas en el cuerpo de Henry Dickerson, así que si encontrasen el arma homicida lo sabrían, sabrían que es esa arma tan sólo con dispararla y comparar luego las estrías de las balas con las que fueron retiradas del cuerpo de Henry Dickerson. De modo que el propietario de esa pistola, o la persona que hubiera dejado huellas en ella en último lugar, se iba a ver en un grave aprieto: se le acusaría del asesinato de Dickerson. *Okay?*

—Sí... *Okay*. Sí.

—Así pues, ¿tengo que buscar una pistola? Entonces, pensemos: ¿dónde pudo haber escondido Howells esa pistola? Y digo escondido, no confiado a nadie. Tiene que estar escondida en alguna parte... ¡Y no digas que en su apartamento!

—¡No lo digo! —exclamó Mirna.

—Una maldita pistola... ¿Dónde pudo tener Howells la idea de esconderla... de modo que sólo él la encontrase?

—Me parece que ni tú ni nadie puede adivinar eso... —dijo la muchacha, mirando su reloj—. Tengo que marcharme, Warren. Hoy voy un poco retrasada en el trabajo.

—No debes ser tan perezosa.

—No es eso. Es que esta mañana llegué tarde al despacho.

—¿A qué fue debido?

Mirna Lawrie rió quedamente, besó a Warren en una mejilla y saltó del taburete, alejándose. Warren Palmer la estuvo mirando hasta que salió del local, y luego pidió un café y encendió un cigarrillo.

«Bueno —pensó—, por suerte un coche es mucho más fácil de encontrar que una pistola. ¡Seguro que Brett y sus muchachos me lo encuentran pronto! Voy a llamarlo en cuanto termine el café..., aunque es demasiado pronto, claro. ¡Ni Brett, con toda su agencia, puede conseguir milagros!» Cinco minutos más tarde, Warren Palmer no tenía más remedio que cambiar de idea: los milagros existen.

O eso, o Brett Lanigan era un brujo.

* * *

Debía ser un brujo, porque tenía dos secretarias cada una de las cuales podía dejar sin aliento a un batallón de soldados. Una era rubia y la otra pelirroja. Al parecer, la pelirroja era la principal, porque fue ella la que se encargó de acompañar a Warren Palmer al despacho de Lanigan, recorriendo las magníficas oficinas.

—Pase usted, señor Palmer; el señor Lanigan le espera.

—Muchas gracias —gruñó Warren.

Lanigan estaba sentado tras su mesa, pero no tenía los pies sobre ésta, como en las películas. Llevaba un traje impecable, y su aspecto y sus modales no podían ser mejores.

Se puso en píe, estrechó la mano de Warren y le señaló uno de los sillones frente a la mesa.

—Has venido muy rápido —dijo.

—Tenía que corresponder. ¿Cómo demonios lo has conseguido?

—Hombre, no voy a poner a la competencia al corriente de mis trucos, ¿eh? —sonrió Lanigan.

—Claro.

—Warren, lo siento, pero te va a costar mil quinientos pavos. Te lo explicaré...

—No hace falta. Si tú dices que...

—Quiero explicártelo. ¿Sabes que estás en un mal asunto? ¿Lo sabes?

—Es un trabajo, simplemente.

—¿Sí? Muy bien, pero la policía te está buscando.

—¿A mí? —susurró Palmer.

—No estoy seguro, pero creo que sí. Están buscando a un tipo que estaba con un tal Adam Howells cuando éste fue acribillado ayer por la tarde en Remsen Street, Brooklyn.

Tú me diste la matrícula de un coche, y esa matrícula es Empire State 860934.

¿Correcto?

—Claro.

—La policía también está buscando ese coche, pues algunas personas vieron la matrícula que a ti te interesa en el vehículo del cual partieron los disparos que acabaron con el tal Howells. También busca la policía a un sujeto cuya descripción les fue facilitada por algunos testigos. Comprenderás que si me dicen cómo era ese tipo, si te miro a ti, y recuerdo que tú me has pedido la misma matrícula tras la cual anda la policía, obtenga un resultado lógico.

—Trabajas muy bien, Brett.

—Mi única ventaja sobre ti es que tengo empleados y toda una serie de recursos... que tú todavía no has conseguido. Por ejemplo, tengo amiguetes en determinado ambiente que a cambio de algunos billetes me proporcionan en ocasiones datos interesantes.

—¿Es así como has encontrado el coche?

—Más o menos. ¿Sabías que la matrícula es falsa?

—Maldita sea... ¡No!

—Es falsa. Así que la policía, que también lo ha descubierto, está *de momento* en las nubes. En cuanto supe que la matrícula era falsa y que por medio de ella no podría encontrar el coche..., ¿qué dirás que hice?

—¿Buscaste a los hombres?

—Dentro de poco serás un competidor de cuidado —murmuró Lanigan—, En efecto, busqué a los hombres. Y eso no fue fácil. Ya te digo: mil quinientos para el soplón de turno. Lo siento.

—No digas tonterías —farfulló Warren, comenzando a contar billetes—. Comprendo perfectamente eso. Ya haces suficiente no cobrándome tus honorarios.

—Cosas de colegas —sonrió Lanigan—. Bueno, escucha, como yo ya sabía que el coche que buscabas tú era el de unos tipos que se habían cargado a ese Howells, busqué por ese lado. Debían ser dos sujetos, posiblemente tres; o sea, uno al volante y dos disparando.

Así que me fui a ver a uno de mis soplones y le pregunté si sabía algo de eso. Cuando tú has llamado antes, hacía media hora que yo tenía la respuesta, y te estábamos llamando a tu oficina.

—De modo que tu soplón encontró a esos sujetos. ¿Dos o tres?

—Tres. No son de aquí, por eso los tenían un poco entre ojos. Llegaron hace un par de semanas, no saben bien de dónde. Mi soplón no lo juraría por su vida, pero asegura que lo de Howells han tenido que hacerlo esos tres tipos. Se llaman Jasper, Brooks y Ambler.

—¿Dónde están?

Brett Lanigan empujó hacia Warren una cuartilla que ya tenía preparada, con los nombres de los tres asesinos y la dirección en la que se escondían.

—Warren.

—¿Sí?

—La policía también los está buscando por el mismo sistema que yo. Si no los han encontrado ya pueden encontrarlos en cualquier momento; recuerda que ellos también tienen confidentes.

—Sí, lo sé.

—Bien. ¿Eras tú quien estaba con Howells?

—Sí.

La mirada de Brett Lanigan se enfrió visiblemente.

—Como colega, tengo que respetar tu silencio profesional, Warren. No, no me digas nada... Sólo quiero que sepas esto; si haces o has hecho algo que desprestigie a la profesión, te las verás conmigo antes que con la policía. ¿Está claro?

—Clarísimo —sonrió Warren Palmer.

—Estupendo —sonrió también de pronto Lanigan—. Siento lo de los mil quinientos, pero no iba a pagarlos yo, ¿verdad? Dime si puedo hacer algo más por ti.

—Sí; préstame una de tus secretarias. ¡Para nada malo, no vayas a creer...! Es sólo para poner un poco de orden en mi oficina.

—¿Por qué no se lo propones directamente a ellas? —guiñó un ojo Lanigan—. Pero tendrá que ser fuera de *mi* horario de trabajo.

—Lo comprendo. Gracias, Brett.

Se estrecharon la mano y Warren abandonó el despacho de su importante colega. Algún día, y quizá no tardando mucho, tendría un despacho como aquél. Y unas secretarias como aquéllas... Siguió a una de ellas moviendo los ojos al compás de las caderas de la rubia. Para marearse, desde luego.

—Adiós, señor Palmer —le sonrió la rubia.

—Nunca es adiós —gruñó Warren.

* * *

Desde luego, su oficina necesitaba un buen repaso tanto en orden como en pulcritud, pero tampoco estaba tan mal. Y además, allá, en la caja fuerte, tenía su automática, arma en la que podía confiar mucho más que en el «38» requisado a Adam Howells, y que era el motivo de su paso por la oficina.

Así que guardó en la caja el «38» de Howells, se colocó los atalajes y la funda de su automática, repasó el cargador de ésta y se dispuso a ir en busca de los tres sujetos en cuestión. Tendría que salir de Nueva York. Mejor. Si había tiros, siempre resultaba menos aparatoso en el campo que en la ciudad.

Estaba a punto de abandonar la oficina cuando se detuvo, vaciló... y volvió sobre sus pasos. Llamaría a Mirna por teléfono, siguiendo la idea que acababa de ocurrírsele.

Llamó a la Eastern Financial y pidió por la señorita Lawrie, comunicación que le pareció tardaban demasiado en proporcionarle. De pronto oyó la voz de la muchacha, abrió la boca para empezar a hablar... y ella no le dejó.

—¡Warren! —casi gritó Mirna—, ¡Ven aquí, date prisa!

—¿A la empresa? ¿Qué ocurre?

—¡Por favor, ven ahora mismo!

—Voy —masculló el detective.

CAPÍTULO VI

Robert Garvan estaba en su despacho, con algunos policías. Había un gran revuelo en la planta de la Eastern Financial donde se hallaban ubicados los despachos de los directivos.

Mirna estaba esperando a Warren y acudió rápidamente a su encuentro, exclamando: —¡Han disparado contra el señor Garvan!

Warren Palmer contuvo un respingo.

—¿Está herido? —exclamó a su vez.

—No, no... ¡Pero han podido matarlo! Uno de los empleados del estacionamiento avisó a la policía y ahora están haciéndole preguntas.

—Me parece que de momento será mejor que yo no me meta en eso...

—murmuró Warren—, ¿Cómo ha ocurrido?

—El señor Garvan bajó al estacionamiento para marchar en su coche a una reunión con una pequeña financiera que parece dispuesta a apoyar a la nuestra, y cuando estaba muy cerca de su coche le dispararon varias veces. ¡Le habrían matado si no hubiera estado tan cerca del coche! Casi se metió debajo... ¡Warren eran dos o tres hombres que escaparon en un coche!

El detective apretó un instante los labios.

—Entiendo. Lo que no entiendo es por qué han querido matar al señor Garvan. Él no es tan importante como Dickerson, ¿verdad?

—Oh, bueno... No lo era hasta esta mañana. La Junta decidió nombrarlo director en firme, ocupando así el puesto dejado vacante por el señor Dickerson, de modo que... que el señor Garvan es ahora... lo que era el señor Dickerson en la empresa.

Warren Palmer parpadeó lentamente. Durante unos segundos no dijo nada. Luego murmuró: —¿Podemos esperar en algún sitio a que la policía despeje el terreno? Quiero hablar con el señor Garvan, pero a solas. Díselo discretamente a tu jefe. ¿Puedes hacerlo?

—Espero que sí.

Casi quince minutos más tarde, Robert Garvan entraba en el saloncito de espera donde le aguardaban Mirna y Warren. El flamante directivo de la Eastern Financial cerró la puerta y fue a sentarse en uno de los sillones. Había recuperado la serenidad, pero Warren captó el gesto tenso que persistía en la boca de Garvan, cuyo impecable traje estaba sucio.

—¿Se han ido los policías? —murmuró Warren.

—Sí. Y me alegra que esté usted aquí, señor Palmer. ¡Esto está llegando demasiado lejos...!

—Tranquilícese. Tengo la esperanza de solucionarlo pronto. ¿Pudo usted ver la matrícula del coche en el que iban sus agresores?

—¿La mat...? ¡Claro que no! ¡Ni se me ocurrió mirarla!

—Es comprensible. ¿Vio, al menos, de qué color o marca era el coche?

—Bueno... Sé que era de un color granate o algo así... No podría asegurar de qué marca.

—¿Un «Dodge»? ¿Pudo ser un «Dodge» precisamente granate?

—Sí... ¡Sí, pudo serlo! ¡Desde luego que sí!

—En lo que a mí respecta, tengo la seguridad de que era el mismo coche que utilizaron los hombres que mataron a Adam Howells.

—Escuche, señor Palmer, yo no sé si Bungham tiene algo que ver con esto, pero me está pareciendo excesivo. ¡No estoy disp...!

—No creo que el señor Bungham tenga algo que ver con esto, señor Garvan. Le diré cómo funciona eso del coche color granate. Tres tipos llamados Jasper Fraser, Wendell Ambler y Edgard Brooks robaron ese «Dodge», le quitaron la matrícula y le pusieron la matrícula que robaron de otro coche. Se han estado moviendo de un lado para otro con el vehículo así camuflado, por decirlo de algún modo..., pero yo sé dónde están ahora.

—¡Lo sabes! —exclamó Mirna.

—¿Cómo lo sabe? —exclamó también Garvan.

—Recursos profesionales..., que me han costado mil quinientos dólares. Se lo digo para cuando le presente mi minuta..., que será pronto. Pero volvamos al señor Bungham y a su posible intervención en esto. Fíjese bien, señor Garvan; matan a Henry Dickerson y, como es natural, la Eastern Financial nombra a otro director general: usted! ¿Qué habría pasado si le hubieran matado a usted? ¿Acaso no habrían nombrado a otro director general dentro de pocos días?

—Claro... —se desconcertó Garvan—. Naturalmente.

—Naturalmente. Y así hasta que se terminaran los directores generales, cosa que me parece bastante difícil. ¿Debemos entender que el señor Bungham va a ir matando a todos los directores generales de la Eastern Financial? Dígame, ¿qué ganaría con ello..., salvo ir incriminándose cada vez más?

Mirna era la desconcertada ahora. Pero Garvan ya no estaba desconcertado. Era un hombre muy inteligente, sin lugar a dudas.

—¿Quiere decir... —susurró— que esto puede ser algo urdido por una persona de la propia Eastern Financial..., por alguien que está cerca de mí, que trabaja en esta empresa?

—Alguien que podía esperar que, muerto Dickerson, fuese él quien ocupara su puesto.

—Usted está loco —jadeó Garvan.

—Pero... ¡podría ser! —se excitó Mirna—. ¡Hay varios directivos que...!

—¡Vamos, Mirna...! —la miró iracundo Garvan—. Usted sabe muy bien que Henry Dickerson confiaba plenamente en mí, yo era quien estaba más cerca de él, más al corriente de todo. No creo que nadie dudase de que yo fuera nombrado para ocupar su puesto. Así que si lo

que dice el señor Palmer tuviese un mínimo de credibilidad, esa persona cercana a nosotros tuvo que preparar la muerte de Henry y luego la mía... ¡Eso es descabellado!

—¿Acaso no le han disparado a usted? —preguntó Palmer.

Robert Garvan se mordió los labios y se pasó una mano por la frente.

—Esto es un disparate —jadeó.

—No tanto. Si miramos así las cosas ya no nos parecerá que un caballo cabalga en un gusano, sino al revés: un gusano cabalga en un caballo. Esto sí tiene sentido.

—Lo tendrá para usted. ¡Yo no entiendo nada!

—Lo que Warren quiere decir... —empezó Mirna.

—No hay tiempo para explicaciones —la interrumpió Warren—. Y por otra parte, ni siquiera tenemos necesidad de hacer conjeturas, ya que puedo ir adonde están esos tres hombres y meterles mano. Nos dirán todo lo que necesitamos para terminar con este asunto.

—Señor Palmer, no quiero que la Eastern Financia! salga perjudicada innecesariamente en todo este asunto. Su acusación me parece muy grave, así que no tengo la menor intención de permitir que se extienda ni el más pequeño rumor en ese sentido..., salvo que usted me demuestre que está en lo cierto, claro. Entonces habrá que afrontar la situación. Pero no antes. ¡No quiero esa clase de publicidad para esta empresa!

—Lo entiendo, señor Garvan. Haré las cosas discretamente, como hasta ahora.

—Bien... Bien, de acuerdo. Un momento —lo miró alarmado—: ¿Va a ir usted solo en busca de esos tres individuos?

—Así es.

—¡No! —respingó Mirna—. ¡Warren, esa gente...!

—Tranquilízate, tengo un plan. En cuanto al señor Garvan, lo mejor será que, de momento, se quite de en medio.

—¿Quiere decir que tengo que esconderme? —gruñó Garvan.

—Usted lo ha dicho, no yo —murmuró Palmer—, ¿Le parece que es una mala idea? Tenga en cuenta que esos tres hombres quizá no hayan regresado a su cubil, sino que estén esperando otra oportunidad para matarlo a usted. ¿Tiene usted algún sitio adonde ir diferente a su domicilio habitual?

—No... No. Bueno, podría ir a la quinta de Henry, que está cerrada. No hay nadie allí.

—Magnífica idea. No creo que lo busquen por ese lado. ¿Conoce usted el coche de Mirna?

—Claro.

—Está estacionado dos manzanas más abajo. Y éstas son las llaves...

—Warren tendió las llaves a Garvan y sonrió de pronto—. La del apartamento no creo que la necesite. Ahora, señor Garvan, va a salir

de este edificio de modo que, en lo posible, nadie se fije en usted, irá hacia el coche de Mirna, se meterá en él y se marchará, sin dar ninguna explicación *absolutamente a nadie*. ¿Puede hacerlo?

—Claro. Bueno, muchas personas me verán, pero no tienen por qué verme cuando entre en el coche de Mirna, ni saber adónde voy.

—Perfecto. Yo necesito un coche. ¿Me presta el suyo?

Robert Garvan asintió y entregó las llaves de su coche a Warren Palmer.

—Muy bien —dijo éste—. Salga usted. Si tiene algún problema, vuelva aquí, pero si no ha regresado dentro de quince minutos entenderé que todo ha ido bien. ¿Alguna duda?

—No... No.

—Y no se mueva de la quinta del señor Dickerson hasta que yo le visite.

Todavía titubeó Robert Garvan, pero acabó haciendo de nuevo un gesto de asentimiento, y tras mirar a Mirna y Warren abandonó el saloncito.

Quince minutos más tarde no había regresado. Ni veinte minutos más tarde. Warren Palmer se puso en pie.

—Ahora nos toca a nosotros. Vamos allá.

—¿Tengo que acompañarte? —se sorprendió Mirna Lawrie.

—Sí, pero no intervendrás directamente en nada. Por el camino te diré lo que tienes que hacer.

* * *

Detuvo su coche, apagó las luces y el motor, y se volvió a mirar a la muchacha.

—¿Lo recuerdas todo bien? —murmuró.

—Warren, es una locura... ¡Deberías recurrir a la policía, no tienes por qué correr ese riesgo, es absurdo!

—Tengo dos buenos motivos para querer hacerlo solo, cariño. El primero, que no quiero perjudicar el buen nombre de tu empresa sin necesidad, lo cual me ha indicado bien claramente el señor Garvan, y en lo que estoy de acuerdo, francamente, lo segundo es que si resuelvo yo solo el caso Dickerson, dentro de poco seré tan famoso que podré tener una secretaria rubia y otra pelirroja.

—¿Qué...?

—Yo me entiendo —gruñó Warren—. ¿Lo recuerdas todo bien?

—Claro. Tengo... tengo que esperar aquí veinte minutos. Si transcurrido ese tiempo no has vuelto debo regresar al teléfono que hemos visto en la carretera, llamar a la policía, traerla aquí y decirles que el señor Brett Lanigan les resolverá cualquier duda.

—Eso es. Bueno..., ¡encantado de haberla conocido, señorita Lawrie!

—Oh, Warren, no... ¡Por favor, no!

—El que algo quiere, algo ha de arriesgar. Mirna, no quiero ser toda la vida un detective con la oficina desordenada y sin un centavo en los bolsillos. Es mi oportunidad y no quiero dejarla escapar.

La besó en la boca antes de que la muchacha pudiera replicar. Luego salió rápidamente del coche y continuó a pie hacia el lugar indicado por Brett Lanigan, que incluso había hecho un mapa.

Un mapa exacto, pues tan sólo dos minutos más tarde, al pasar la curva de la carretera, Warren Palmer vio las luces de la casa. Así trabajaba Brett Lanigan... y así trabajaría él en el futuro..., si no se lo cargaban aquellos tres tipos, claro. Pero, con su automática y el factor sorpresa a su favor, estaba seguro de que dominaría la situación muy pronto.

Unas millas más allá, siguiendo la carretera, se divisaban las luces de la siguiente población, que según el mapa de Lanigan tenía que ser Ossining. Perfecto. Eso lo sabía hasta él mismo.

Salió de la carretera y caminó campo a través dando un pequeño rodeo, para llegar a la casa por la parte de atrás, lo cual le proporcionó un pequeño éxito inicial: allá, escondido entre unos árboles detrás de la casa, encontró el «Dodge» color granate matrícula Empire State 860934.

Apretados los labios, Warren Palmer desvió la mirada hacia la casa, a unos treinta y tantos metros. Más allá vio los faros de algunos coches circulando en ambos sentidos por la carretera. Si, eran tres tipos listos, pero siempre hay alguien más listo...

Corrió silenciosamente hacia la casa. Si encontraba el modo de entrar por su cuenta, bien; si no, ya se las arreglaría para sorprenderlos, de todas maneras. La noche había cerrado ya, y Palmer llegó como una sombra hasta la casa. Segundos más tarde contenía una exclamación de júbilo al encontrar abierta la ventana de la cocina. Terminó de alzarla, se encaramó, pasó por encima de los fregaderos y saltó silenciosamente al suelo, en completa oscuridad, esperando que nadie hubiera dejado nada en el centro de la cocina.

La luz se encendió de pronto.

Warren lanzó una exclamación ahogada, se protegió los ojos con el antebrazo izquierdo y metió la mano derecha bajo la axila izquierda...

—Saque esa pistola y es hombre muerto —dijo una voz.

Se quedó inmóvil. Junto a la puerta de la cocina había un tipo apuntándole con una pistola provista de silenciador. Frente a la puerta que daba a la parte de atrás, había otro igualmente armado. El tercero estaba junto a los fregaderos, ahora a su izquierda y detrás.

Lentamente, Warren Palmer retiró la mano de su axila. Súbitamente, su boca le parecía seca y helada.

—Así está mejor —sonrió el hombre que había hecho la amenaza—. Ahora quítese despacio la chaqueta, de modo que veamos bien su

arma, y acto seguido coloque las manos con los dedos entrelazados sobre su cabeza. ¿Me ha entendido bien, Palmer?

Warren tragó saliva y comenzó a quitarse la chaqueta... ¿Sabían quién era él? Un estremecimiento recorrió su cuerpo. ¿Cómo lo sabían, quién se lo había dicho, —¡Vamos, vamos, no tenemos todo el tiempo del mundo, Palmer!

Terminó de quitarse la chaqueta, que quedó en su mano derecha. El hombre que tenía a su izquierda y detrás se acercó.

—Le han dicho que coloque las manos sobre la cabeza, ¿no? ¡Vamos, deje caer esa chaqueta y obedezca!

Warren suspiró... y acto seguido arrojó la chaqueta hacia el rostro del hombre que tenía enfrente, llevando en seguida la mano hacia su automática... Recibió un puntapié escalofriante en los riñones y salió despedido hacia delante, hacia donde estaba el sujeto que había recibido la chaqueta en pleno rostro. Aprovechando el impulso recibido, Warren aplicó un rodillazo al hombre en plenos testículos y el sujeto lanzó un berrido, al mismo tiempo que disparaba..., pero ya cayendo hacia delante, de modo que la bala se clavó en el piso de madera.

—¡Palmer, no nos obligue...! —gritaba el tercero.

Pero Palmer había empuñado ya su automática y se volvía hacia el centro de la cocina.

El que le había golpeado antes llegaba lanzado contra él. Se produjo un fortísimo encontronazo a consecuencia del cual ambos hombres perdieron su arma y rodaron por el suelo. Enloquecido de furia por haber perdido la pistola, Warren giró sobre el sujeto, se colocó a horcajadas sobre su cuerpo y disparó su puño hacia la barbilla, que crujió secamente. De un modo vago, Warren intuía que no querían matarle si era posible, y ahí estaba su única oportunidad...

Pero la oportunidad duró poco.

El sujeto que le había advertido estaba ya junto a él cuando Warren se disponía a ponerse en pie. No lo consiguió. El golpe de pistola en la cabeza lo abatió sobre su anterior adversario, quedando, como éste, semi desvanecido.

¡Clock!, resonó de nuevo su cabeza como si dentro hubiera estallado una bomba. Hubo como un millón de luces y en seguida la total oscuridad.

CAPÍTULO VII

El dolor de cabeza era espantoso. Esa fue su primera sensación. Debía tener un par de chichones enormes. Abrió un poco los ojos, como temeroso, y ante él sólo vio una mancha oscura. Parpadeó, estiró los párpados, hizo algunos visajes. Vio el suelo. Estaba tendido de bruces en el suelo, pero no ya en la cocina, pues el piso aquí era de mosaico.

Cerca de él vio dos pares de pies. Cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, los dos pares de pies seguían allí. Ya lo había recordado todo. Movié un poco las piernas y las manos.

No, no estaba atado. Debían creerlo poco menos que muerto... y quizá era así.

Los dos pares de pies se apartaron. Entonces vio, abierta, la ventana, por la que entraba un airecillo fresco de noche primaveral.

—Bueno, ¿llamas o no? —oyó.

—Un momento, demonios... Estoy buscando el número. No lo recuerdo bien.

Oyó el deslizarse de unas páginas. Estaban ojeando una guía telefónica. Se sentía como paralizado. El dolor de cabeza persistía, pero quizá había cedido un poco.

—¡Aquí está! Bien, vamos allá...

Oyó el familiar rumor del girar de un disco telefónico. ¿A quién estás llamando? Su mirada se concentró en la ventana. Sabía que no disponía ya de su arma.

La ventana estaba a media docena de pasos, no más. Se preguntó si podría recorrer aquella distancia. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que se separó de Mirna?

Seguramente ya se habían cumplido los veinte minutos o debía faltar muy poco...

—Sí, soy yo —oyó—: Fraser. Lo tenemos aquí, vivo, como nos ordenó usted. ¿Qué hacemos ahora?

—...

—¡Maldita sea mi estampa! ¿para eso nos ordenó que lo capturásemos vivo jugándonos el pellejo? ¡Es un tipo muy peligroso, pudo matar a alguno de nosotros...!

—...

—Está bien, bien está, no se excite, señorita. Ya sabemos que es usted quien paga. Y quien paga manda. Lo haremos así, ya comprendo que puede haber contraórdenes. ¡Pero nos habríamos ahorrado molestias si hubiéramos podido disparar contra él desde el primer momento!

—...

—De acuerdo. Delo por hecho, sí. Adiós... —Warren oyó el chasquido del auricular al ser colgado, y en seguida la misma voz—. Esa mujer está chiflada. ¡Ahora nos dice que lo matemos y nos larguemos de

aquí!

—Bueno, ¿qué más da? Matémosle y asunto concluido. ¿Hemos de dejarlo aquí o llevárnoslo?

—¡Y yo qué coño sé! Tenemos que matarlo, eso es todo. Lo dejaremos aquí mismo. ¿Por qué tenemos que complicarnos...? ¡Hey!

No hay nada que proporcione más fuerzas que el instinto de conservación, que el deseo de vivir. Y eso le sucedió a Warren Palmer. Unos segundos antes creía que no podría moverse en mucho tiempo. Pero en aquel instante decidió que *tenía* que moverse.

Y no precisamente en dirección hacia tres hombres armados, sino, ciertamente, en dirección opuesta. Así se puso en pie de un salto y, pese a que tuvo la sensación de que su cabeza estallaba y que sus piernas eran de chicle, se lanzó hacia la ventana, provocando el grito de alarma de Fraser, al que siguieron las exclamaciones de los otros dos.

La primera bala crujió por encima de él cuando estaba estirado en el increíble salto hacia el hueco de la amplia ventana. Por encima de él también, los cristales estallaron...

Un instante más tarde, Warren Palmer caía rodando fuera de la casa, en dolorosa pirueta.

La cabeza le pareció un pozo lleno de explosiones cuando se puso en pie velozmente.

—¡...que lo parió! —le llegó el grito de rabia. Echó a correr hacia la esquina de la casa, buscando interponer ésta entre él y los tres asesinos. Si hubiera cometido el error de correr dejando la casa a su espalda lo habrían acribillado. Cuando dobló la esquina su cabeza era una locura de dolor, algo insufrible.

Entonces vio el coche, metido entre los pinos. ¡Si pudiese llegar hasta el coche...!

Echó a correr, sintiendo que se moría a cada paso. Su estómago pareció volverse del revés cuando oyó:

—¡El coche! ¡Si va al coche...!

¡Maldición! Desde luego no eran tontos. Asesinos, pero no tontos. Así que Warren Palmer desvió la dirección de su marcha. Corrió hacia los pinos, pero no hacia el coche, sino desviándose hacia la derecha.

¡Pack, pack, pack!, crujieron tres balas muy cerca de él, dos por un lado y otra por encima. Los disparos eran silenciosos, pero no las balas cuando pasaban perforando el aire, emitiendo aquel siniestro crujido.

Se tiró entre unos arbustos, se revolvió y miró hacia la casa. Los tres hombres corrían hacia él, pistola en mano. Lo iban a perseguir como una bestia... y él no podía correr más, lo sabía. Y en su cabeza... ¡Oh, su maldita cabeza!

—Se ha metido por ahí. ¡Vamos tras él!

—¡Y un huevo! —replicó otro.

—¡Está desarmado!

—¡Me importa un huevo, te digo! Ese tipo es una fiera. Si nos planta cara en esa oscuridad, puede pasar cualquier cosa. Y si le da por correr, nos vamos a pasar la noche buscándolo.

—¡Tenemos que matarlo, Ambler!

—Pues ve tú. ¡A la mierda todo, yo me largo de aquí! Ni loco me paso la noche buscando a un tipo como ése en el bosque. ¡Ve tú si quieres!

—Las órdenes...

—¡Esa mujer está chiflada!, ¿no es cierto? Primero una cosa, luego otra... ¡La culpa es de ella! Vámonos de aquí, dejemos el coche en cualquier sitio y volvamos a la Costa Oeste en avión... ¡Y al demonio todo! ¡Yo no trabajo para idiotas!

Warren Palmer oía y no podía creer en su suerte. La discusión duró unos segundos más, pero la decisión de Ambler estaba tomada. Recobrado el aliento, pero todavía estallándole la cabeza, Warren vio las siluetas de los tres hombres casi corriendo hacia el coche... Muy bien, podían escapar ahora, pero los encontraría. Se sujetó la cabeza con las manos. Dios, le iba a estallar... Oyó los golpes de las portezuelas del coche al ser cerradas.

Sí, le iba a estallar la cabeza...

Y estalló.

Ante sus doloridos ojos la negra noche se convirtió en una bola de rojo fuego coronado por una bola de negrísimo humo. En las pupilas de Warren Palmer se reflejó, como en diminutos espejos, el fuego de la potente explosión que reventó el coche horriblemente y lanzó retorcidos pedazos de plancha a todos lados... La ola de calor llegó al rostro del detective, que tuvo la momentánea sensación de estar en el centro del mismísimo infierno.

La bola de humo ascendió rápidamente, la llamarada bajó de intensidad y tamaño también rápidamente.

Warren Palmer se puso en pie, aterrado.

—Por Dios... —jadeó.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, contemplando los restos del automóvil que se había convertido en horrible tumba de tres asesinos. Tres asesinos... asesinados. La comprensión fue llegando muy despacio a su mente: reciben orden de capturarlo vivo, para asegurarse de que está con ellos, y acto seguido les dan la orden de matarlo. Pero al mismo tiempo, ellos están condenados a morir...

¿Quién estaba detrás de todo aquello? ¿Una mujer? Ellos habían hablado de una mujer chiflada... ¡El listín telefónico!

Warren Palmer echó a correr a trompicones hacia la casa, cuya puerta encontró abierta.

Desde la carretera se acercaban varios coches... Entró en la casa y fue directo al saloncito.

En seguida vio el listín telefónico y lanzó una exclamación de alegría al comprobar que estaba abierto, colocado sobre la mesita. Afuera se oían frenazos, gritos, gente que corría... Warren Palmer se dejó caer en el sillón y miró el listín. Estaba abierto por la página P.

Tres segundos más tarde veía el apellido Pope. Y otro segundo más tarde, el nombre de Rosalind. Rosalind Pope. Incluso, fijando la vista, vio la huella de una raya hecha con la uña junto a Pope, Rosalind.

Cerró el listín y se puso en pie. Estaba lívido.

Cuando salió de la casa varias personas se acercaron a él, interpellándole. Las apartó con rudos gestos. Llegaban más coches, más gente, todo estaba lleno de caras iluminadas por faros de automóviles...

—¡Warren! —oyó el alarido— ¡Oh, Warren!

Se encontró a Mirna entre los brazos. La muchacha tartamudeaba una explicación, pero él le tomó de pronto el rostro entre las manos, y jadeó:

—Mirna, ya basta... Ayúdame a llegar al coche y vámonos de aquí inmediatamente. Volvemos a Nueva York. Conduce hacia allí aunque yo me desmaye por el camino. ¿De acuerdo?

—Sí... Sí, Warren, sí... Pero...

—Haz lo que te digo.

Cuando se alejaron, Warren Palmer sabía que muchas personas habían tomado el número de la matrícula del coche de Robert Garvan que estaban utilizando y que esta vez la policía lo encontraría muy rápidamente.

Pero ya no le importaba.

No le importaba, porque para entonces él ya tendría el caso resuelto.

Todo lo que tenía que hacer era charlar con Rosalind Pope.

* * *

Pero Rosalind Pope no se hallaba en su bonito y agradable apartamento, para entrar en el cual Warren Palmer se había buscado una complicación más: había entrado abriendo la puerta con una ganzúa que siempre llevaba en su llavero y que sabía manejar muy bien...

—¿Dónde debe estar? —murmuró Mirna— Si aquellos hombres la llamaron aquí...

—Evidentemente, ha salido, ¿no? —masculló Warren— ¡Dios, cómo me duele la cabeza!

—Ya te he dicho que tienes un chichón enorme y sangre... Warren, deberíamos llamar a la policía de una vez y tú tendrías que ir a un médico o a un hospital.

Warren Palmer se dejó caer en un sillón. Mirna tenía razón, pero él sólo pensaba en Rosalind Pope. ¿Dónde podía estar...? Alzó de pronto

la cabeza, emitió un gemido y farfulló: —¿Sabes el número telefónico del señor Bungham?

—Sí... Lo recuerdo, sí.

—Llámallo. Y pregunta si está allí la señorita Pope. Yo voy a refrescarme un poco.

Se fue al cuarto de baño y metió la cabeza bajo la ducha. Bueno, algo era algo. Estaba secándose cuidadosamente cuando Mirna entró en el cuarto de baño. Nada más ver la expresión de la muchacha, el detective comprendió que algo interesante estaba en marcha.

—La señorita Pope no está en casa del señor Bungham. Y él tampoco está: recibió un recado telefónico de la señorita Pope citándole en el chalé de la playa.

—¿En la playa? ¿En el chalé de Bay Shore, en Long Island, quieres decir?

—Me parece que el señor Bungham no tiene otro chalé.

—Bien... ¡Bien! ¿Quién te ha dicho eso?

—Un criado. El señor Bungham no estaba en casa cuando llamó la señorita Pope, así que ésta dejó el recado. El señor Bungham salió hacia allá en cuanto recibió el recado al regresar.

—Al regresar... ¿de dónde?

—No lo sé. ¡Oh, Dios mío, el señor Bungham, por fin...! Pero esto no tiene sentido...

—Podría tenerlo si el señor Bungham tuviese en la Eastern Financial alguien en quien poder confiar para sus propósitos de fusión. Alguien que, sustituyendo a Dickerson y a Garvan, ocupara el puesto de director general... y traicionase de algún modo a la Eastern Financial en favor de la S. B. Operators. ¿Lo entiendes?

—Sí, pero... ¡Es horrible!

Warren Palmer asintió con un gesto.

—¿Quieres que te diga de dónde podía venir el señor Bungham cuando recibió el recado que le dejó Rosalind Pope?

—¿De dónde...? ¡Oh, no! ¡Warren, no! ¿De... de colocar la bomba en el coche de aquellos tres nombres?

—Felicidades —masculó Warren—, Y mientras tanto, ellos llamaban a Rosalind Pope, la cual, evidentemente, ha estado haciendo de intermediaria entre esos tres asesinos y su jefe.

—Pero... ¡Me parece tan increíble! ¿Por qué habría de prestarse Rosalind a esto? ¿Por dinero?

—En parte por dinero, muy posiblemente. Pero, sobre todo, porque admira profundamente a Bungham. Lleva diez años viéndolo cada día a todas horas, conviviendo con él más que nadie: más que su esposa, más que cualquier familiar, amigo, socio o empleado... Durante diez años, la vida de la señorita Pope ha estado girando en torno a la vida de Samuel Bungham. Lo admira, me lo hizo saber claramente... Y

hasta podría ser que estuviera enamorada de él. Estas cosas pasan: de la admiración al amor. ¿Té parece disparatado?

—No... No.

—Una solterona. ¿Te das cuenta? Una solterona atractiva, sensible, delicada, culta... Le gusta la buena música, habla cinco idiomas, es eficiente, elegante, perfecta. Como mujer, un bocado exquisito. Y a los cuarenta años permanece soltera. ¿Vamos a creer que ningún hombre la ha asediado? ¡Es absurdo!

—Pero el señor Bungham está casado...

—¿Te sorprendería que un hombre casado pudiera enamorar a otra mujer..., y que ésta, admirándolo aceptase ser su amante además de su secretaria? ¿Conoces alguna combinación mejor? Samuel Bungham es un hombre que ya ha dejado atrás los cincuenta, pero es atractivo, inteligente, riquísimo, un hombre de mundo, un personaje... ¿Podría una secretaria enamorarse de él perdidamente?

—Supongo que sí.

—Bien. ¿Sabes dónde está el chalé de Samuel Bungham?

—Sí.

—Pues ya sabes.

CAPÍTULO VIII

Todavía no había detenido Mirna Lawrie el coche frente al chalé de Samuel Bungham cuando éste ya estaba en el porche. Desde su asiento, Warren Palmer lo miró inexpresivamente. Alto, esbelto, buen deportista todavía a su edad, impecable, pinceladas grises en las sienes... Samuel Bungham, un hombre poderoso, un hombre de mundo.

Un hombre muy atento, que se acercó al coche de Robert Garvan, y, tras una breve sorpresa al ver a Mirna, sonrió amablemente.

—Ah, señorita Lawrie... ¡Qué sorpresa!

—Buenas noches, señor Bungham —murmuró Mirna.

—¿Viene con usted el señor Garvan? Me gustaría...

No dijo nada más, porque Warren Palmer había salido ya por la otra portezuela, y, ciertamente, su aspecto difería bastante del de Robert Garvan. Al parecer, Samuel Bungham iba de sorpresa en sorpresa, porque se quedó mirando desconcertado al detective, el cual rodeó el coche y se plantó ante el millonario financiero.

—Señor Bungham, soy Warren Palmer, detective privado.

—¡Ah! ¿De veras? Bueno... Es un placer conocerle, señor Palmer. ¿Ocurre algo?

Warren Palmer entornó los párpados. Si llegaba a los cincuenta y tantos años le habría gustado tener el aspecto de Samuel Bungham: reposado, distinguido, bronceado, sano, correcto. Perfecto.

—¿La señorita Pope está con usted? —murmuró.

—Pues eso es lo extraño... —parpadeó Bungham— Rosalind me llamó a casa, dejó el recado para que me reuniese aquí con ella y no la veo por aquí. Esta su coche, pero no ella.

—¿Su coche? ¿Dónde?

—Al lado de la casa. El mío está detrás, por eso no se ve. Vi su coche, frené detrás y entré en la casa, convencido de que me esperaba dentro.

—Lo que significa que la señorita Pope tiene una llave.

—Señor Palmer, La señorita Pope tiene llave incluso de mi caja fuerte privada, así que espero que no se sorprenda usted de que le permita utilizar mi chalé algún fin de semana si le viene de gusto.

—¿Dice que la señorita Pope no está en la casa?

—No, señor.

—¿Dónde cree usted que puede estar?

—No tengo ni idea. Pensé que podría estar paseando por la playa y me llegué allí, pero no la he visto.

—¿Dónde estaba usted cuando ella llamó a su casa?

Samuel Bungham frunció el ceño.

—Soy una persona educada y amable, señor Palmer, pero creo que usted está abusando de ello. ¿Con qué derecho me interroga? Ni

siquiera es policía, ¿verdad?

—Sólo detective privado, ya se lo he dicho.

—En ese caso, no tiene ningún derecho a...

—¿Prefiere que llame a la policía?

—Llame a quien guste, joven. Señorita Lawrie —miró Bungham a la muchacha—: ¿qué significa esto?

—Estamos... estamos buscando a la señorita Pope, señor Bungham.

—Bueno, en eso coincidimos. ¿Para qué la buscan?

—Me gustaría preguntarle a la señorita Pope —deslizó suave y lentamente Warren— cómo y por encargo de quién ella contrató a tres asesinos profesionales que no hace mucho han estado a punto de matarme.

Samuel Bungham, que había quedado estupefacto, soltó de pronto un bufido y exclamó:

—¡Usted está loco!

—Veremos si la señorita Pope piensa lo mismo. Bueno, si su coche está aquí, ella no puede estar muy lejos, ¿verdad? Mire, señor Bungham, aunque no soy de la policía me atrevo a sugerirle que no hable demasiado. Cuanto más hable, más errores puede cometer. Y quiero que sepa que, tal como están las cosas, se diría que usted asesinó a Henry Dickerson personalmente, posiblemente ayudado por Adam Howells. ¿Lo entiende, supongo?

—Señor Palmer, ignoro si es usted rico o pobre, pero cuando mis abogados hayan terminado con usted no tendrá ni un centavo. Tampoco lo necesitará, porque estará en la cárcel. Es lo que suele ocurrirles a los difamadores, ¿sabe?

—¿Puedo mirar en la casa?

—Puede usted hacer lo que guste. Mientras tanto, yo llamaré a mis abogados. ¿Está de acuerdo?

—Llame a quien quiera.

—De acuerdo, entonces. Discúlpeme, señorita Lawrie. Oh, una cosa, ¿usted está en esto con el señor Palmer?

—Yo... yo... yo estoy... al lado de él haga lo que haga, sí.

—Lo siento por usted. Me resulta simpática. Con permiso.

Cada cual fue a lo suyo. Samuel Bungham llamó a sus abogados a Nueva York, que aseguraron salir inmediatamente hacia allí. Por su parte, Warren Palmer recorrió el chalé, grande, pero no demasiado. Confortable, de buen gusto, perfecto para descansar.

La señorita Pope no estaba en casa. Ni la encontraron por la playa, ni en parte alguna por los alrededores. Tras más de media hora de búsqueda, incluso Samuel Bungham comenzaba a mostrar no poca inquietud.

—No lo entiendo... —decía— ¡No lo entiendo! Estas cosas no son propias de ella. ¡Y su coche está ahí...! ¡No lo entiendo!

Warren Palmer miró hacia el lado de la casa donde estaban el coche de Rosalind Pope y, detrás, el de Samuel Bungham. De pronto miró a éste.

—¿Me permite las llaves de su coche, señor Bungham?

—¿Para qué?

—Por favor. Hemos hecho un trato, ¿no es así?; puedo hacer lo que guste. Y deseo las llaves de su coche.

Bungham tendió las llaves a Palmer y éste se dirigió al coche de aquél. Alzó la tapa del maletero, la cerró y se guardó las llaves. Se acercó al coche de Rosalind Pope. Las llaves estaban en el contacto. Las retiró, pasó a la parte de atrás y alzó la tapa del maletero..., pero no la bajó.

—Señor Bungham —llamó el detective, tenso.

Este y Mirna, que conversaban, lo miraron y se acercaron. Ninguno de los dos llegó a hacer la pregunta, porque cuando estuvieron lo bastante cerca Warren Palmer señaló el interior del maletero y los dos miraron dentro.

Mirna Lawrie lanzó un gemido y se tapó el rostro con las manos. Samuel Bungham, lívido, se quedó mirando los dos espejitos que eran ahora los abiertos ojos de Rosalind Pope. Durante unos segundos estuvo así, incapaz de reaccionar. Por fin, casi sollozó:

—Dios... mío. ¡Rosalind!

—No la toque.

—Dios... ¡Dios!

Mirna Lawrie estaba sollozando. Warren aspiró hondo y miró con más atención el cadáver de Rosalind Pope. Yacía un poco retorcida, con la cara vuelta hacia arriba. Llevaba un vestido muy acorde con ella, elegante y sobrio. A un lado del breve escote, sobre el seno izquierdo, se veía el ya seco manchurrón de sangre. Había un gesto de sobresalto, de incrédulo espanto en el rostro y los ojos de Rosalind Pope.

Junto a sus piernas había algo que brillaba. Warren se inclinó, y diferenció la bolsa de plástico. Dentro de la bolsa distinguió un arma. Un Colt 22.

Se irguió y miró a Bungham, que parecía hipnotizado por los hermosos y cristalizados ojos de su secretaria.

—¿Tiene usted algún arma en la casa, señor Bungham?

—¿Eh...? Sí, sí, claro.

—¿Claro?

—Bueno, es... un sitio un poco... aislado, muy tranquilo, pero a veces se han dado casos de vecinos que han tenido... molestias por las noches: vagabundos, motoristas, incluso algún intento de atraco... Así que adquirí hace tiempo una pistola.

—¿Un Colt 22?

—Sí.

—¿Sería tan amable de ir a buscarla?

—¿Para qué?

—Mire, señor Bungham, no se moleste. Su pistola está ahí dentro, ¿la ve? —señaló—. Es un «Colt» 22, en efecto. La clase de arma con la que mataron a Henry Dickerson, ¿no lo sabía usted?

—Sí, sí, pero... ¿Qué quiere decir?

—¡Oh, vamos! Debió desprenderse antes de esta arma.

—Ni siquiera... recordaba que la tengo.

—¿Pretende que me crea eso? —se irritó Warren—. Escuche, la pistola que vemos junto a la señorita Pope será analizada por Balística, y yo le diré cuál será el resultado: las balas que encontrarán en el cuerpo de la señorita Pope serán iguales a las que encontraron en el cuerpo de Henry Dickerson. Y todas esas balas habrán salido de su «Colt» 22, señor Bungham.

—No... ¡No!

—Mire, la cosa ya no podrá estar más clara. Usted utilizó al desdichado de Adam Howells para que le ayudase a trasladarse desde aquí a la quinta de Henry Dickerson; Howells fue quien manejó la lancha que le esperaba al otro lado de la isla, así como el coche que él se había procurado. Usted llegó así a la quinta de Henry Dickerson, y volvió del mismo modo..., después de matarlo, claro. Luego, buscó profesionales para que se encargasen de silenciar a Adam Howells. Y después, usted mismo colocó la carga explosiva en el coche de los tres asesinos..., mientras éstos se entendían en todo momento con Rosalind Pope, fiel a usted hasta la muerte..., y nunca mejor dicho.

Eliminados ya los tres asesinos, y hasta yo mismo, usted se las arregló para que fuese Rosalind Pope quien llamara a su casa citándolo aquí. Se encontraron y la mató, tal como tenía pensado, a fin de que nadie que supiese algo quedase con vida, porque las cosas, sobre todo al fracasar el intento de asesinato de Robert Garvan, se estaban complicando demasiado para usted. Y si nosotros no hubiéramos llegado, se habría llevado a la señorita Pope en su propio coche, la habría enterrado en alguna parte segura y habría dejado el coche en otro lugar... Luego, todo lo que tenía que hacer era volver aquí... y seguir esperándola. Cuando encontrasen el coche de ella, usted no sabría nada de nada.

Vino aquí porque ella le llamó, pero no la vio, la estuvo esperando, etcétera. ¿Le parece aceptable esto, señor Bungham?

—No.

—Como quiera. Pero ya veremos qué dicen sus abogados, que por cierto están a punto de llegar, ¿no?

—Espero que sí.

—Muy bien. En lo que a mí respecta dispongo de todas las piezas del rompecabezas, pero ya no puedo hacer nada más. De modo que voy a llamar a la policía. ¿Alguna objeción, señor Bungham? ¿O prefiere que

esperemos a sus abogados?

—Como usted quiera.

Warren Palmer se quedó mirando fijamente a Samuel Bungham, lo mismo que Mirna, que estaba impresionadísima. Por fin, el detective movió la cabeza.

—No quiero cebarme en usted, señor Bungham; esperaremos a sus abogados.

* * *

Llegaron tres y, tras ver el cadáver de Rosalind Pope y escuchar a Warren Palmer, los tres se quedaron mirando, demudados, a Samuel Bungham, que, sentado ahora en un sillón de la sala, permanecía en silencio, tomando un whisky. No podía estar más claro que aquel hombre tenía nervios de acero.

—Señor Bungham... —murmuró uno de los abogados.

—¿Sí, señor Pelham? —le miró serenamente el financiero.

—Bien... Naturalmente, no creemos que pueda ser cierto todo lo que ha dicho el señor Palmer, pero... nos parece conveniente aconsejarlo que nos pongamos en manos de la policía.

—Naturalmente. En este asunto, cada cual ha de hacer su trabajo. El mío es en estos momentos el de reo, así que lo haré a la perfección. En cuanto al señor Palmer —miró fijamente a Warren—, estoy seguro de que también es de los que saben hacer bien su trabajo, ¿verdad, señor Palmer?

Warren Palmer parpadeó. Eso fue todo.

CAPÍTULO IX

—No puedo creerlo... —murmuró Robert Garvan—. ¡Sencillamente, no puedo creerlo!

—Pero, señor Garvan... —empezó Mirna.

—Lo que tu jefe quiere decir —sonrió Warren, en la cama del hospital donde le habían atendido las lesiones en la cabeza y ahora lo tenían en observación— es que resulta increíble, simplemente. ¿No es así, señor Garvan?

—¡Claro que resulta increíble! ¿Cómo ha podido hacer una cosa así un hombre como Samuel Bingham?

—Por supuesto, él sigue negando, pero está detenido, y ya verá usted como acaba por confesar —dijo Mirna.

—Sin la menor duda... —asintió Warren, tocándose los vendajes que cubrían su cabeza—. ¡Maldita sea, estoy harto de este turbante!

—¡Pero si sólo hace unas horas que lo llevas! —protestó Mirna.

—Señor Palmer —movió la cabeza Garvan—, no comprendo cómo pudo usted resistir tanto, y le admiro por ello. Deseo que salga pronto de aquí y que se reponga totalmente.

En cuanto a sus honorarios...

—¿Le parece que es momento de hablar de eso?

—Bueno..., usted ha hecho un trabajo, ha corrido riesgos muy grandes... ¡No me diga que no quiere cobrar! Quiero decir, más de los primeros dos mil dólares. ¡Ya pagó mil quinientos por aquella información!

—Es cierto —suspiró Warren—. No me ha quedado ni para vendajes. Bueno, señor Garvan, las cosas van a irme mejor en cuanto salga de aquí, ya verá. ¿Ha leído los periódicos? ¡Soy famoso...! Y la fama, siempre significa dinero. Bueno, casi siempre, ¿no?

Robert Garvan sonrió, como divertido.

—¿Entiendo que no quiere usted cobrar? —preguntó.

—¡Caramba, no he dicho eso...!

—¿Por qué no te aclaras? —rió Mirna.

—De acuerdo. Allá voy... A pesar de lo mucho que me cabrea el turbante, creo que es lo adecuado, porque tengo de nuevo dolor de cabeza. De modo que voy a ver si descanso y me repongo. Y cuando salga de aquí mañana o pasado, señor Garvan, pasaré a visitar a Mirna a la Eastern Financial. ¿Tiene algo que oponer?

—Pues no... —se desconcertó el financiero—. Claro que no, señor Palmer.

—Gracias. Como decía, pasaré a saludar a Mirna, y si veo que todo yo vuelvo a funcionar normalmente y estoy en perfectas condiciones, le pediré a Mirna que se case conmigo...

—¡Oh, Warren...!

—¡Oh, Mirna! —la imitó cómicamente Warren—. ¿Por dónde iba?
—¡Por lo de casarnos!
—Ah, sí. Bueno, pues eso. Le pediré a Mirna que se case conmigo y nos iremos unas cuantas semanas al Caribe. ¿Le parece a usted bien, señor Garvan?
—No veo qué podría oponer. Me quedaré sin secretaria, pero me las arreglaré. Ya buscaré una sustituta para Mirna, claro.
—Perfecto. Entonces..., ¿podremos irnos al Caribe?
—Sí... Claro.
—Lo malo es —frunció el ceño Warren Palmer— que no tendré dinero para ello. Es por eso que, aprovechando que visito a Mirna, pasaré por el despacho de usted para saludarle. Y de paso, si usted tiene algún dinero para mí...
Robert Garvan lanzó una carcajada.

* * *

Robert Garvan entró muy sonriente en su despacho, en el cual, y cómodamente instalado en uno de los sillones, estaba Warren Palmer, fumando un aromático cigarro liado a mano en Virginia.
—Siento que haya tenido que esperar, señor Palmer.
—No importa. No tengo prisa.
—Precisamente me anunciaron su visita cuando tenía una reunión. Lo siento de veras.
Bien... ¿Ha visto a Mirna?
—Por supuesto.
—Estupendo —Garvan se sentó tras su imponente mesa, abrió el cajón central y sacó un cheque, que empujó por encima de la mesa—. Supongo que ha venido a buscar esto.
—Y a saludarle.
—Claro —rió el financiero—. ¡A saludarme!
El detective tomó el cheque, lo miró y emitió un silbidito.
—¡Caray! ¡Diez mil pavos!
—Y naturalmente, el regalo de boda para Mirna será aparte.
—¡Caray!
—¿Cuándo se marchan al Caribe?
—Oh, dentro de tres o cuatro días. Esperaré a que mi cabeza esté bien del todo.
—Es lo mejor. Bien, señor Palmer, no quiero parecerle descortés, pero...
—Está muy bien este despacho. Vamos, ¡es de cojones!, dicho sea expresivamente.
Grande, lujoso, televisión, bar, naturalmente aire acondicionado, télex, intercomunicador, teléfonos por todas partes, buenos cuadros...
¡Un despacho así, o como el de Lanigan, es lo que yo quiero!

—Ojalá lo consiga pronto.

—Espero que sí.

—Me alegro. Bien...

—¿Sabe, señor Garvan? Yo vivo en un edificio modesto, con pocos vecinos... Gente sencilla. Pero tiene una ventaja: nos conocemos todos, y somos no sólo buenos vecinos, sino hasta buenos amigos. Esto no suele ocurrir en los edificios de lujo, ¿sabe?

—Pues... Bien, no sé qué decir...

—La gente sencilla se entiende bien y fácilmente entre sí. Los encumbrados resultan más... altaneros y retorcidos. Pero no es ése el caso del edificio donde yo vivo. Fíjese bien que le estoy hablando de mi apartamento, no de mi oficina..., que dicho sea de paso tampoco es un palacio. Tendré que buscar otra. Y al menos, una secretaria, porque sin secretaria...

—Señor Palmer, discúlpeme, pero...

—Esté usted muy ocupado, claro. Lo entiendo. Pero mi intención es facilitarle a usted las últimas noticias sobre el caso Dickerson. ¿No le interesan?

—Sí... Claro, sí.

—Bien. Como le decía, yo tengo unos vecinos simpáticos y amables. A veces nos convidamos a cerveza, y cosas así. O vemos juntos los partidos de béisbol... Cosas así. O sea, que somos buenos vecinos.

—Sí, sí.

—El caso es que, por ejemplo, nos hacemos toda clase de favores. A veces, hasta de dinero. Que si me prestas veinte pavos hasta el viernes, que si necesito comprarme una batidora... ¿Comprende? Bueno, pues por ejemplo, mi vecina, la señora Mulberry, es una mujer de lo más amable. Yo la adoro. Ojo, en limpio, ¿eh? Tiene cincuenta años, es gorda y su marido hace dos como yo. Por cierto, uno de sus chicos me preguntó el otro día si yo no necesito un ayudante. ¡Imagínese, el párvulo, con sólo veinte años...! Claro que yo sólo tengo treinta, pero he corrido lo mío. Recuerdo que una vez...

—¡Señor Palmer!

—Ah, perdone. Sí, vamos al grano. Verá usted, el otro día, justo cuando aquellos tres sujetos me tenían listo para el salto al más allá, sonó el teléfono de mi apartamento. Mi vecina, la señora Mulberry lo oyó, pero de momento no hizo caso. El teléfono dejó de sonar. Pero casi en seguida volvió. Y luego otra vez, y otra... La señora Mulberry, con muy buen criterio, pensó que yo no me iba a molestar si ella pasaba a mi apartamento por la escalera de incendios y atendía un recado que, evidentemente, era importante, como se desprendía de la insistencia en la llamada. Y como yo no estaba, ella pasó a mi apartamento y atendió la llamada. Le dejaron un recado que ella tomó por escrito, lo dejó sobre el teléfono y volvió a su apartamento. Y esta

mañana, cuando por fin he vuelto a casa, me he encontrado el recado que tomó la señora Mulberry. ¿Quiere usted leerlo?

—¿Yo? ¿Para qué?

—Por favor, léalo.

Warren Palmer sacó una hoja de bloc del bolsillo y se la tendió a Garvan, que lo tomó de mala gana.

El mensaje decía:

Warren, ha llamado una tal señorita Pope, que tenía mucha urgencia en hablar con usted. Le he dicho que seguramente volvería pronto, pero me ha dicho que no sabía si podría volver a llamar, porque tenía que encontrarse con un tal señor Garvan que la había citado no sé dónde, y que ella no ve claro esto, y que por eso se lo dice, por si usted lo ve claro, por lo del asunto que ya sabe. Eso es todo, Warren.

Saludos.

»Sarah.»

A medida que había ido leyendo, el rostro de Robert Garvan había ido cambiando de color. Cuando terminó, estaba como azulado. Sus manos temblaron un instante.

—Esto es mentira —jadeó.

—¿Por qué ha de ser mentira?

—¡Es mentira!

—Claro que no, señor Garvan. Mire, la señorita Pope era una auténtica dama muy inteligente, fiel y honesta. Eso lo supe por mí mismo sólo con charlar con ella en una ocasión. Evidentemente, ella obtuvo de mí una impresión no menos buena, y cuando algo no le gustó me llamó seguramente primero a la oficina, y, al no recibir respuesta allí, a mi apartamento. Consto en la guía, claro está, yo no dispongo de números privados. Y ahora pongámonos en el sitio de la pobre señorita Pope. ¿Por qué quería hablar conmigo? Pues porque algo que diría usted la puso en guardia. Era una persona... muy perceptiva, sensible. Le gustaba Schubert. Y conocía mejor que nadie a Samuel Bungham. Si Samuel Bungham hubiese dado alguna vez muestras de... maldad, codicia desmesurada, falta de delicadeza, o cualquier otra faceta deshonesta o desagradable, la señorita Pope no lo habría admirado y respetado tanto. ¿Conclusión?: el señor Samuel Bungham es todo un caballero respetable, honesto y digno. ¿Y un hombre así cometió esas... atrocidades?

—¡Las pruebas...!

—¿Qué pruebas? ¿Su pistola? La tenía en el chalé, y usted debía saberlo. Así que lo primero que hizo fue pensar en cómo podría llamar la atención sobre Bungham, y decidió sobornar a uno de los empleados de la S. B. Operators: Adam Howells. La misión de éste consistía únicamente en despedirse de la empresa y hacer lo que usted

le dijera. Menos morir, claro. El pobre hombre cumplió su papel hasta el final. Y entonces, sus tres asesinos contratados en un viaje a la Costa Oeste, se lo cargaron. Ya estaba todo en marcha hacia Samuel Bungham. Pero no fue él, sino usted quien mató a su «amado» Henry Dickerson, utilizando la pistola de Bungham. Cometido el asesinato, fue al chalé de Bay Shores, y esperó a que Bungham y la señorita Pope se fueran. Entonces colocó en su sitio el «Colt» 22, limpio y recargado. Ahí quedaba eso: una bomba retardada, ¿verdad? Mientras tanto, ya me había contratado a mí por medio de Mirna, a la que encargó que recurriese a un detective pobretón, un don nadie, pero que fuese inteligente y ambicioso. Lo bastante inteligente para que fuese siguiendo las pistas que usted iba dejando: el atentado contra usted mismo, por ejemplo. En cuanto a que yo encontraría a sus tres asesinos, no tenía la menor duda, ya que usted se preocupó de que no se escondieran bajo tierra, precisamente, y de que antes de entrar en acción se dejaran ver bien por su ambiente en Nueva York. Y así, cuando tras el atentado contra usted, partió hacia la quinta de Dickerson, antes pasó por allá y les colocó la bomba en el coche. Luego les dio instrucciones sobre mí, advirtiéndoles que iba a llegar. Luego, ellos, cuando viesan que yo me recobraba y que les oía, tenían que llamar por teléfono, simulando que hablaban con una mujer, la señorita Pope según yo tenía que ver por el listín abierto, ya que se me suponía inteligente. Acto seguido, debían dejarme escapar, para que yo supiese mucho de todo. En cuanto a ellos..., ¡pum! Es usted muy malo, señor Garvan.

—Y usted... está loco.

—No, hombre. Después de colocar la bomba a aquellos tres desdichados, se fue al teléfono donde ellos debían llamarle. Ya cumplido este truco, llamó desde allí mismo a la señorita Pope, citándola, y posiblemente le dijo a ella que citase también a Bungham en su chalé, pero más tarde, pues cuando él llegase usted y ella ya tenían que haber conversado largamente. Eso no le gustó demasiado a la señorita Pope y por eso me llamó.

Pero, pobrecilla, ni se le ocurrió que usted fuese capaz de asesinarla en su propio coche con la pistola de Bungham, llevarla al chalé, dejar allí el coche de ella con el cadáver dentro, la pistola, sin huellas, claro, pues había usado guantes, dentro de la bolsa de plástico... Llegó Bungham y luego, claro, llego yo, siguiendo la pista de Rosalind Pope. ¡Y ya tenemos al señor Bungham metido en un lío del que ni siquiera sus tres importantes abogados saben cómo sacarlo! ¿Sabe, señor Garvan?: casi desde el primer momento tuve la sensación de que estaban haciendo galopar delante de mí un caballo montado en un gusano. ¡Qué disparate, ¿verdad?! Pero así me lo decía mi instinto. Sobre todo desde que conocí a la señorita Pope. Una dama

encantadora donde las haya. ¿Y el señor Bungham?
¡Vamos...! Ni estando loco podía yo pensar que él trataba con asesinos profesionales, que mataba, que colocaba bombas... Oiga, usted ha insultado mi inteligencia, ¿sabe?

Garvan aspiró profundamente y agitó la nota de la señora Mulberry.
—Jamás me habría descubierto de no ser por la nota de Rosalind Pope, Palmer. ¡Jamás!

—Bueno, pero le he descubierto, que es lo que importa.

—De acuerdo. Es usted un tipo listo. ¿Ha avisado ya a la policía?

—¿A la policía? Usted mismo acaba de decir que soy un tipo listo. ¿Acaso la policía me pagaría... una cantidad interesante por mi información?

—¿Cuánto quiere usted?

—¿Por mi silencio? Bien, usted mencionó quinientos mil dólares para Adam Howells.

¿No le parece que yo valgo más que él? Por lo menos el doble, ¿no?

—No tengo tanto dinero ahora... ¡Pero lo tendrá cuando haya conseguido realizar todo mi plan y me convierta en director único de la Eastern Financial y la S. B. Operators fusionadas! Todo lo he hecho con ese objetivo... ¡Le pagaré, Palmer! Escuche, de acuerdo, es usted inteligente y decidido. Trabaje para mí en el futuro, haremos grandes cosas juntos... Pero ahora no me presione. Márchese de luna de miel al Caribe, disfrute de Mirna, siga como si nada extraordinario hubiese sucedido. Y muy pronto le daré motivos para alegrarse de haber guardado silencio.

—Y mientras tanto —sonrió Warren—, todo un caballero como Samuel Bungham que se vaya pudriendo en la cárcel.

—¡Que se pudra! ¿Qué nos importa a nosotros?

—Claro. Bien... O sea, señor Garvan, que lo he acertado todo, ¿no es así?

—Desde luego. Y le aseguro que junto a mí...

—Espere un momento. Y mire su intercomunicador, señor Garvan. ¿Qué ve? Ah, vuelve a palidecer... Pues sí, está usted viendo bien. Yo llegué cuando Mirna me avisó que no estaba usted en su despacho, me instalé aquí, abrí la comunicación... y en el despacho de Mirna todo el Consejo Directivo de la Eastern Financial ha escuchado la conversación. Ah, y dos policías amiguetes míos.

—No... —jadeó Garvan—. ¡Maldito sea, no!

—Caballeros —dijo Warren Palmer—: ¿tienen la bondad de pasar a este despacho?

La puerta de comunicación con el despacho de Mirna Lawrie se abrió y varios hombres entraron, todos ellos pálidos como muertos. Por delante de ellos, a punto de desmayarse, Mirna Lawrie, que fue a agarrarse a una mano del detective privado. Este le sonrió, metió el

cigarro en un lujoso cenicero y miró fijamente a Robert Garvan.

—Y otra cosa, señor Garvan: la nota de la señorita Pope me la he inventado yo... Me he arriesgado y he dado en el clavo. Pero, señor Garvan, nadie puede equivocarse con personas como Rosalind Pope; si ella admiraba a Bungham, éste tenía que ser honesto en todo. Así que me puse a pensar y... Ya ve: lo normal es que un caballo no cabalgue en un gusano, sino que sea el gusano quien cabalgue en el caballo... ¿Comprende usted, señor Garvan? Le enviaré una postal desde el Caribe.

ESTE ES EL FINAL

—¿Y ahora qué hacemos? —gimió Mirna.

—¿Cómo que qué hacemos? —gruñó Warren Palmer—. ¡Pues marcharnos al Caribe, tal como tenemos proyectado!

—Pero, Warren..., estás recibiendo telegramas de todas partes, ofertas de trabajo, llamadas...

—Y un cheque del señor Bungham por cien mil dólares, no lo olvides. Se ha empeñado en financiar la instalación de la Palmer Investigations Agency, y no hay modo de disuadirlo.

—¿Y nos vamos a marchar en un momento como éste? —clamó de nuevo Mirna Palmer.

Estaban rodeados de maletas en el apartamento de ella. Los pasajes estaban en el bolsillo de Warren, todo estaba organizado y, además, hasta se habían casado el día anterior.

—Claro que sí —gruñó Palmer.

—¡Pero es... es la oportunidad que estabas esperando!

—La oportunidad seguirá aquí cuando regresemos dentro de cinco o seis semanas, y entonces me pondré a trabajar de firme. Mientras tanto, nadie va a privarme de mi luna de miel en el Caribe.

—No sé... ¿Y si te equivocas?

—Escucha, cabeza de chorlito, yo me voy de luna de miel al Caribe, así que sólo toma una decisión: ¿vienes o no vienes conmigo?

—¡Qué ocurrencia! ¿Acaso te irías sin mí!

—¿Por qué no?

—¡Warren, yo *también* formo parte de tu luna de miel!

—Caramba, es verdad. ¡Qué cabeza la mía! Aunque si quieres quedarte... ya me las arreglaré por allí yo solo, de un modo u otro.

—No, señor... —rió Mirna—. ¡Cualquiera te deja ir solo al Caribe, con lo guapo que eres!

—Y encima, cachondeo —gruñó Warren Palmer—, ¡La verdad es que no sé por qué te llevo conmigo de luna de miel...!

FIN

Table of Contents

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

ESTE ES EL FINAL